LOS AÑOS DORMIDOS

Algunas historias no se pierden.
Solo esperan el momento de despertar.



ERINA ALCALÁ

LOS AÑOS DORMIDOS

(Erina Alcalá)

Perderás a alguien sin quién no puedas vivir,

Y tu corazón estará muy roto.

Pero vendrás.

Veintidós años atrás… en Austin, Texas.

David y Hellen Allen, de 30 años ambos, habían heredado el rancho Allen cuatro años atrás, de nombre **Allen Ranch,** a las afueras de Austin Texas. Un rancho de caballos, precioso, que lo atravesaban dos arroyos. Tenía arboles maravilloso y una paz de la que disfrutaban siendo tan jóvenes, pues acababan de salir como quien dice de la Universidad.

Eran de Austin y eran novios desde el Instituto y luego fueron juntos a la Universidad. Y cuando heredaron el rancho del abuelo Fran, trabajaron como monos para levantarlo y hacerlo más grande, a pesar de que ya era de los más grandes del condado.

Estaban enamorados y el abuelo Fran, se fue a Florida con sus hijos. El clima era mejor para sus piernas y la abuela ya faltaba. Y le dejó el rancho y parte del dinero que era más de lo que podían esperar.

Al año de heredar y casarse, tuvieron a su hija Maggie, una niña preciosa, rubita de ojos verdes muy claros, como un lago y una naricita preciosa.

Era la muñeca de la casa, era la princesa de su padre. Y era mimada, porque Hellen tuvo un parto difícil y no podía tener más hijos después de ello.

Por eso había miles de ojos que la miraban.

Pero aquella tarde maldita, la llevaron al parque de la ciudad. Debían hacer unas compras y aprovecharon para que la niña disfrutara del parque.

La pequeña Maggie tenía tres años entonces.

Y se sentaron en un banco, cerca, de la pequeña que se tiraba por un pequeño tobogán de plástico.

Y fue un segundo, solo un segundo en que se dijeron algo y en el que la perdieron para siempre.

Nadie vio nada, ellos tampoco, ni hombres, ni mujeres, ni coches derrapando… desapareció, así sin más.

Se levantaron rápidos con esa angustia y sensación de pérdida anticipada.

Preguntaron.

Se recorrieron el parque.

La llamaron.

Gritaron.

La gente se unió en al búsqueda de la pequeña.

La nada.

Silencio.

La policía acudió rápido, la madre lloraba, a David, el padre le golpeaba fuerte el pecho.

La policía rastreó la ciudad y los alrededores durante meses, cada lugar, cada cartel en cada farola, en la televisión, cadenas de radio, pero el expediente quedó abierto.

Ya el rancho no fue el mismo, ellos tan jóvenes tampoco fueron los mismos. Cada uno se culpaba a su manera. Cada uno llevó su luto a su manera.

David trabajando.

Hellen sabiendo que jamás podría tener un hijo. Y él la miraba, y las noches de cenas en silencio pesaban como una losa.

-Hellen- dijo una noche David.

-¿Qué?

-Adoptemos un hijo. Podemos hacerlo. Si Maggie vuelve tendrá un hermano o hermana.

-¿Crees que la va a sustituir?

-No es por eso, nunca la sustituirá, pero traerá alegría al rancho.

-Si quieres…-y hasta David se sorprendió de ese sí.

-Y él llamó al día siguiente al abogado y con tanta documentación, un año después de la perdida de Maggi llegaron al rancho dos gemelos de los servicios sociales, de cinco años. Pequeños, asustados, tímidos y educados. Niños que no habían tenido nada, ni un juguete.

Luca y Jeremy. De la mano siempre.

Hellen sintió una ternura increíble. Esos niños abandonados. Y los amó nada más verlos. Y supo que nunca sustituirían a Maggie, pero sí se volcaría en educarlos.

Tenían camitas en una misma habitación, los llevaron de compras, disfrutaban del rancho hasta que a los seis años entraron al colegio. La vida cobró vida en el rancho de nuevo. Y Hellen fue de nuevo madre.

Y la llamaban mamá y a David papá y fueron olvidando sus antiguas vidas hasta desaparecer por completo con esa facilidad que tienen los niños para el olvido.

Y a veces David miraba a Hellen cuando le salía la tristeza por los ojos y sabía que pensaba en Maggie, pero él sabia que nunca volvería.

Y se volcaron en sus hijos, maravillosos, Logan y Jeremy, preciosos, altos, fuertes, ayudaban al padre y fueron creciendo con esos ojos azules y ese pelo rubio que parecían ser hijos de David de verdad.

Acabaron el instituto y la universidad. Derecho y ADE, con beca.

Y como entraron en el rancho, siguieron siendo uno, siempre juntos, siempre amables y cariñosos con su madre.

Llevaban el rancho y ayudaban en el campo y eran libres, y salvajes y felices. Y a veces Hellen y David de reían con ellos cuando cabalgan juntos por el campo compitiendo.

Habían pasado veintidós años. Si su hija vivía y no estaba muerta, tendría veinticinco. Sus hijos ya tenían veintinueve y no les llevaban chicas, aunque ellos sabían que salían, por supuesto.

David, les hizo dos años atrás una cabaña a cada uno, casi juntas, frente a la casa principal. Aún así desayunaban con los chicos en el barracón y cenaban con sus padres, y a ellos les gustaba tenerlos allí…

Sabían la historia de Maggie y velaban por su madre. Y ahora eran ellos los que intentaban que no se derrumbara, querían devolverle todo el amor que ella les había dado cuando nadie apostó por dos niños. Sabían que eran adoptados, pero que eran tan hijos como si no lo hubiesen sido.

Veintidós años atrás… en Madrid España.

Joaquín Moreno y Cecilia Herrera eran dueños de un bufete de abogados en el centro de Madrid. Un bufete altamente reconocido, sito en la calle Alcalá, pero ya tenían cuarenta años, y les faltaba un hijo. Joaquín no podía tenerlos. Su recuento de esperma era muy bajo, casi nulo.

Podían tener toda la felicidad del mundo, podían tener dinero, y una empresa emergente y un piso enorme en la calle Alcalá, pero les faltaba el hijo que habían buscado una y otra vez.

Tres inseminaciones sin llegar a término.

Otras dos sin éxito.

Y al final, la clínica, les dijo que ya no podían hacerse más. Les quedaba la única opción para ellos, adoptar.

Adoptar era irse a China y tardaban años en darles un niño. Cecilia no quería niños chinos.

Así que un día uno de sus abogados matrimonialistas, le dijo a Joaquín que los servicios sociales tenían niños.

Pero ellos los querían pequeños. Y si aparecían los padres…

-Te cambias de ciudad. No sé, no creo que pase. Por ir y preguntar no pasa nada.

Y fue a preguntar sin decirle nada a Cecilia. Ya le contaría cómo funcionaba eso.

Salió un poco decepcionado de allí. Debían pasar periodos de esto, de los otro, documentaciones, psicólogos… y podían pasar tres años hasta que les dieran la adopción.

Nada más salir, lo abordó un hombre.

-¿Está usted como yo?- le dijo abiertamente.

-¿Como usted qué?

-Quiere un hijo. Y no es fácil.

-No es fácil, no.

-¿Podemos tomar ahí un café?- le señaló una cafetería.

-No tenía nada que perder.

La camarera les puso un café y este hombre no quiso dar su nombre y Joaquín sabía que aquello no iba a ser muy legal.

Le puso la fotografía de una niña preciosa encima de la mesa. Y se enamoró de ella al instante.

-Tres años, americana, su madre drogadicta, no tiene padre conocido. De Austin Texas. Lo único que damos es a la pequeña y certificado de nacimiento. Eso debe guardarlo si quiere uno válido en España, se lo proporcionamos, solo cambiamos el nombre. Si quiere guardar el original para cuando su hija sea mayor…

-Me propone algo ilegal, nos será trata de blancas. Ni una organización que robe niños.

-Le aseguro que no. No sabrá nada de nosotros, pero le aseguro que es una niña abandonada en la cale y entrará en el sistema. Y ya conocemos cómo funciona el sistema.

-Si digo que sí…

-Le aconsejo que cambie de ciudad. Le daremos el certificado de nacimiento. Le haremos una nueva foto. El nombre y apellidos, el hospital que quiera, donde nació. Y 20.000 euros.

-Eso es comprar una hija.

-¿Cree que no le va a costar nada si adopta una niña china? ¿O española?

-Si, me costará, claro. Quiero la seguridad de que no es robada.

-La tiene. Tiene mi palabra- y lo miró y pensó que la palabra de un desconocido no valía nada, pero la niña preciosa esa la quería y Cecilia se enamoraría de ella como lo había hecho él.

-Si dijera que sí…

-Una semana aquí mismo, lo siento solo llevará la ropa que tenga puesta. Le damos los dos certificados y la niña. Nos da los 20.000 euros un sobre, en metálico el jueves que viene a las doce de la mañana. Piénselo.

-No tengo nada que pensar. Anote.

-Sira Moreno Herrera.

-Un bonito nombre. ¿Hospital?

-De la princesa. Madrid.

-Ya está, así de fácil. Nos vemos el jueves.

Se fue con la fotografía y ese hombre desapareció. Pagó los cafés y se fue al bufete.

Celicia entró a su despacho.

Cierra la puerta.

-¿Qué pasa?

-Quizá tengamos que cambiarnos.

-¿A dónde?

-Al sur. Sevilla por ejemplo. El jueves nos dan una niña y le puso la niña delante.

-¿Es legal?

-Todo legal Cecilia- dijo sin mucha convicción.

-Pero ¿cómo?

-No preguntes. Tendrá su certificado de nacimiento, nuestros apellidos. Le he puesto Sira. 20.000 euros y el jueves la tenemos.

-Pero Joaquin, esto no es legal lo sabes. Somos abogados.

-Por eso nos vamos. Mírala y dime si la quieres.

-Es tan bonita…

-Su madre la dejó en la calle, era prostituta y toxicómana, de padre desconocido.

-Busca algunas cosas para la pequeña, tiene tres años, ropa y una cunita, lo que necesites, no demasiadas cosas, el jueves si la tenemos ya no vienes a trabajar, digo que estás enferma y vendo el bufete, compraremos uno donde nadie nos conozca. Nos vamos a Sevilla, monto uno allí.

-¿Y la familia?

-Nos la han dado en adopción. Saben que llevamos años, tenemos cuarenta. No van a ir a investigar Cecilia.

-¿Y Sevilla?

-Me han ofrecido algo que no puedo rechazar.

-La quiero, pero no quiero saber nada más, solo que es mía. Tu la traes a casa, yo prepararé la habitación. No hablaremos de ello.

-Nada.

-Sira es nuestra. Es preciosa, ¿les has dado dinero?

-No. En el momento, en un sobre. Tengo que ir al banco. Y allí en Sevilla al pediatra a hacerle de todo.

Y cuando Joaquín, una semana después le dejó a la niña en brazos de Cecilia, dormidita iba, supo que sería suya para siempre.

A la semana tenía la mejor ropita, era preciosa, la abrazaba, la quería. La conocía toda la familia, pero estaban tristes por la venta del bufete.

…

En Sevilla vivieron estupendamente, una gran casa en el Aljarafe con piscina, enorme. Un buen bufete. Y su hija con el tiempo y los años, una carrera de derecho como su padre.

Pero cuando terminó segundo de derecho, su padre murió de un infarto dejando solas a Cecilia y a Sira, una chica de pelo castaño claro, ojos verdes

como un lago transparente y uno sesenta y cinco cm. se altura. Una chica preciosa. Mimada, protegida. A la que nunca le falto nada, ni siquiera amor. Amor rebosaba, pero se quedó triste por la muerte de su padre, joven, a los 20 años.

Su madre lo pasó mal, tuvo que llevar el bufete con ayuda de uno de los abogados más amigo de su marido, Juanma. Hasta que ella acabó un máster, con 23 años. Y estuvo trabajando hasta los veinticinco aprendiendo y dominando ya tan joven un bufete de abogados.

Ahí su madre empezó a encontrarse mal. Cáncer de páncreas con metástasis y se fue en cinco meses.

Y se quedó sola de nuevo. Sola en la vida.

Sola y triste cuando miraba las fotos de sus padres, de ella con ellos, de vacaciones, de su madre en su graduación…

Hasta que diez días antes de que tuviese que ir al notario, abrió la caja fuerte.

Entre documentos de escrituras, de casa, de bufete, había un sobre antiguo, con su nombre.

Sira

Lo abrió. Una foto de pequeña y dos certificados de nacimiento.

Cómo podía ser…

Miró el de España , normal, pero había uno distinto, la misma fecha de nacimiento, Maggi Allen, Autin, Texas, eso qué sería…

Ella era americana, Maggi Allen y fue adoptadas, pero no había documentos de adopción.

¿No habrían hecho sus padres algo ilegal?… eran abogados por dios, y eran sus maravillosos padres…

¿La habían robado? No quería ni pensar que tuviera unos padres allí en Austin sufriendo veintidós años.

Iba a ir, tenía ese certificado de nacimiento, un nombre y un apellido. Iría a la policía de Austin. Así viajaba. En busca de su pasado. Y si no, serían unos días de vacaciones

…

Días después, en el notario, no había ninguna novedad, todo era suyo, la casa, el dinero, el bufete…

Cuando pagó a Hacienda y terminó con documentación y escrituras. Dejó al cargo del bufete al vicepresidente porque iba a tomarse unas vacaciones que necesitaba tras la muerte de su padre.

Juamma era el abogado de 45 años encargado para el caso, su mano derecha y en quién confiaba todo, menos eso. Eso era un secreto que tenía que descubrir por sí sola.

Así que pasaporte en mano y una maleta, un bolso y uno de mano, salió nerviosa para Austin…

CAPÍTULO I

Sira Moreno Herrera observó por la ventanilla del avión las nubes que se extendían bajo ella como un océano blanco e interminable.

Llevaba más de diez horas sin dormir,

Dos meses antes había enterrado a su madre.

Cuatro años antes había enterrado a su padre.

Y una semana antes había descubierto que ni siquiera se llamaba Sira. Abrió la carpeta que descansaba sobre sus rodillas.

La había revisado decenas de veces desde que encontró la caja fuerte oculta tras un cuadro del despacho de sus padres. Ahora solo de su madre. Bueno, ahora solo de ella.

Partida de nacimiento más antigua.

Maggie Allen.

Fecha de nacimiento.

Lugar de nacimiento.

Padres: David y Hellen Allen.

Nada de moreno en esa partida, ni Herrera, ni Sevilla, ni España.

Eso estaba en otra partida.

Solo una niña desaparecida a los tres años y una vida entera construida sobre una mentira.

Su madre no le había dicho nunca nada.

Ni una palabra.

Y ya no estaba para responder preguntas.

El comandante anunció el inicio del descenso hacía Austin.

Sira cerró la carpeta.

A través de una empresa especializada, había conseguido reunir documentos, noticias antiguas y recortes de prensa.

Lo que había leído, le había dejado un nudo en el estómago.

Maggie Allen había desaparecido 22 años atrás en un parque.

Miles de horas de búsqueda.

Policía.

Voluntarios.

Perros rastreadores.

Carteles por todo el condado.

Prensa, radio, televisión…

Nada

Como si la tierra se la hubiese tragado.

Y mientras aquellos padres la buscaban desesperadamente, alguien la había vendido a un matrimonio español incapaz de tener hijos.

Un matrimonio que, para ser justos, la había querido con toda el alma.

Nunca le falto cariño.

Nunca le faltó educación.

Nunca le faltó nada.

Pero aquello no cambiaba la realidad.

La habían robado.

El avión tocó tierra.

Sira respiró hondo.

Veinticinco años tenía. Veintidós años después volvía.

No sabía si encontraría respuestas.

No sabía si aquellos padres seguían vivos. Si tenía más hermanos…

No sabía si la recibirían con los brazos abiertos o si removería heridas que nunca llegaron a cerrarse.

Pero necesitaba intentarlo.

Cuando salió de la terminal, alquiló un coche y condujo directamente al hotel, la comisaría condado, la dejaría para cuando descansara. Para después.

Si alguien conservaba información de Maggie Allen, era allí donde debía empezar.

Y sin saberlo, a apenas treinta kilómetros de distancia, dos hombres idénticos de veintinueve años terminaban una jornada de trabajo en el rancho Allen.

Luca y Jeremy.

Los hijos adoptivos que habían llegado para llenar el vacío que dejó una niña desaparecida.

Una niña a la que nunca conocieron.

Y que estaba a punto de regresar a sus vidas.

Sira llegó al hotel, pidió la cena y durmió hasta casi el otro día por la mañana. Se dio una buena ducha y se vistió. Pantalones sueltos blancos a juego con una blusa estampada en verde y blanco. Y poco maquillaje.

Se había despertado varias veces y dormido otras cuantas, hasta encontrarse perfectamente. Cada vez que abría los ojos recordaba dónde estaba.

Austin.

Texas.

El lugar donde todo había comenzado.

Envió un wasap a Juamma al bufete de que había llegado. Éste se preocupaba por ella y le juró llamarlo cada día.

Desayunó fuera, ya casi tarde, algo ligero y tomó el coche de alquiler hasta la comisaria que le indicaron en la recepción.

Durante el trayecto observaba de reojo las calles por la ventanilla.

No reconocía nada.

Ni una sola imagen.

Ni un recuerdo

Nada.

Claro que tenía tres años cuando salió de allí.

Al llegar, atravesó las puertas de cristal y se acercó al mostrador de la recepción de la comisaría.

-Buenos días.

La agente levantó al vista.

-¿En qué puedo ayudarla?

Sira respiró hondo.

-Busco información sobre una familia llamada Allen.

La mujer tecleó unos segundos.

-¿Allen?

- Sí, y sobre una niña desaparecida hace veintidós años. Se llamaba Maggi Allen.

La agente frunció ligeramente el ceño.

-¿Tiene alguna relación con el caso?

Sira dudó.

-No estoy segura.

-¿Cuál es su nombre?

-Sira Moreno..

La agente anotó los datos y realizó una llamada.

-Espere un momento por favor.

Sira tomó asiento. Los minutos le parecieron eternos.

Finalmente apareció un hombre de unos sesenta años. Alto, delgado con el cabello gris y una expresión seria.

-¿Señorita Moreno?

-Sí.

-Soy el detective James Carter. Me han comentado que pregunta por el caso de Maggie Allen.

Sira asintió.

-Me gustaría saber qué ocurrió.

El detective la observó unos segundos antes de responder.

-Es un caso que marcó esta ciudad.

La condujo hasta un despacho.

Al entrar abrió un ordenador y comenzó a buscar en los archivos antiguos.

-Maggie Allen. Tres años- desaparecida en un parque de Austin durante una salida con sus padres.

Las palabras resonaron en silencio.

Sira sintió que el corazón le latía con fuerza.

El detective siguió leyendo.

-Se movilizaron cientos de voluntarios. Policía estatal. Agentes federales. Nunca apareció ninguna pista concluyente.

Abrió una fotografía digitalizada.

Una niña pequeña sonreía a la cámara.

Sira se quedó inmóvil.

No porque la recordara.

Sino porque algo dentro de ella se agitó al verla.

El detective levantó al vista.

-¿Por qué le interesa ese caso, es periodista?

Sira tragó saliva.

Metió una mano en el bolso y sacó una carpeta.

Dentro estaba la partida de nacimiento, y su foto, la misma que le había enseñado el agente.

Los dejó sobre la mesa.

-Porque creo que esa niña podría ser yo.

Y el detective se quedó petrificado.

…

A partir de ahí llamar inmediatamente al agente jubilado que llevó la investigación original, porque él sí reconocería el nombre de Maggie Allen al instante y comprendería la magnitud de lo que acababa de ocurrir.

El detective Carter permaneció inmóvil varios segundos.

Miró los documentos, los dos certificados de nacimiento.

Luego a Sira.

Después volvió a mirar los documentos.

-¿Qué es esto exactamente?

Un certificado de nacimiento que jamás había visto. Estaba en la cámara de seguridad de mi padre. Vivimos a los tres años míos en Madrid, allí se ve que nací y nos fuimos a Sevilla, al sur.

-Si esto es cierto…

No terminó la frase.

-Quiero saber si están vivos, hacerme una prueba de ADN. Por supuesto yo la pagaré. No vengo por dinero, tengo un bufete de abogados. Solo quiero saber si son mis padres. Las sorpresa me la llevé yo cuando mi madre murió hace dos meses y me encontré esta carpeta. Con mi nombre.

Ambos sabían qué significaba ese registro. Si sacaban a la niña del país debían llevarlo.

-Estoy angustiada, mis padres han muerto y no sé si me compraron, entiende, si fui una niña robada a tal fin. Soy abogada.

Veintidós años.

Y ahora necesitaba respuestas.

Veintidós años de búsqueda de sus verdaderos padres, si lo eran, claro.

Veintidós años creyendo que aquella niña jamás aparecería.

Carter se levantó.

-Espere aquí.

-¿Qué va a hacer?

-Llamar a alguien.

Salió del despacho con la carpeta en la mano.

Sira escucho voces apagadas al otro lado de la puerta.

Después una conversación telefónica.

Cada minuto parecía tardar una eternidad.

Finamente el detective regresó acompañado por un hombre bastante mayor.

Tendría más de setenta años.

Caminaba despacio.

Pero sus ojos permanecían atentos.

Muy atentos.

Cuando entró en la habitación se hizo un silencio absoluto.

El anciano observó a Sira.

Sin decir una palabra.

Como si buscara algo.

Un gesto.

Una expresión.

Una respuesta.

-Sira Moreno- dijo Carter suavemente- este es el teniente retirado Robert Harrison.

El hombre siguió observándola.

-Yo llevé la búsqueda de Maggie Allen.

Sira sintió un escalofrío. Harrison se acercó despacio.

-¿Puedo ver ese certificado?

Carter le entregó la carpeta. Harrison se puso las gafas y leyó cada página con una concentración absoluta.

Cuando terminó, cerró la carpeta con ambas manos.

Y durante unos segundos no dijo nada.

Nada en absoluto.

Entonces levantó la vista.

Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

-Si de verdad eres tú…

-Me haré una prueba de ADN, mientras estoy aquí.

-Te buscamos por todas partes.

La emoción de su voz hizo que Sira se quedara sin palabras.

-Por parques. Por carreteras, arroyos, ranchos. Por todo Texas.

Tragó saliva.

-Recuerdo el día que desapareciste como si hubiera sido ayer. -Se sentó frente a ella.

-Tus padres nunca dejaron de esperarte.

-¿Siguen vivos? ¿Siguen viviendo aquí?

-Sí.

-¿Tienen más hijos?

Harrison sonrió levemente.

-Dos chicos. Los adoptaron unos años después. Gemelos. Luca y Jeremy.

La respuesta produjo en Sira una mezcla de extraña tristeza y alivio.

La vida había continuado.

Tenía sentido.

Veintidós años eran demasiados.

Harrison la observó con atención.

-¿Quieres conocerlos?

Sira tardó varios segundos en responder.

Miró por la ventana del despacho.

El cielo azul de Texas.

La ciudad desconocida.

El pasado que acababa de encontrar.

Y finalmente asintió.

-Sí.

Harrison se puso en pie. Sacó un móvil y durante unos instantes pareció reunir valor.

Porque aquella no iba a ser una llamada cualquiera.

Era la llamada que llevaban más de veinte años esperando.

Marcó el número.

Esperó.

-David…

Hubo un silencio.

-Necesito que te sientes. Porque tengo algo que contarte sobre Maggie.

-¿Ha pasado algo?

El detective miró de reojo a Sira antes de hablar de nuevo..

-Sí, ha pasado, está aquí.

Otro silencio más largo.

-¿Quién está ahí?.- preguntó David aunque ya era repetir la pregunta sabiendo la respuesta, pero sin creerlo.

Harrison respiró hondo.

-Maggie está conmigo. Y dice que quiere veros.

Al otro lado, el silencio de volvió tan largo que parecía una línea cortada.

-¿Estás… seguro?- la voz de David salió más rota por la incredulidad.

Harrison miró a Sira. Ella estaba quieta pero sus manos se habían cerrado con fuerza sobre sus rodillas.

-Sí respondió el detective- está aquí conmigo está consciente de lo que dice y quiere hacerse una prueba de ADN para confirmarlo de una vez. Pero tiene la partida de su nacimiento. Y una foto antigua de ella.

Se oyó una voz temblorosa al otro lado.

-Dios- susurró David- No puede ser…

-Puede- interrumpió Harrison con suavidad pero firme- Y lo es. Pero no podemos hacer esto por teléfono.

Hubo otro silencio distinto ahora.. menos incredulidad. Más miedo.

-¿Dónde está?- preguntó David al fin.

Harrison dudó unos segundos antes de responder.

-En la comisaría vieja. En mi despacho.

Sira levantó la mirada al escuchar esto. No dijo nada, pero su expresión cambió como si por primera vez el lugar dejara de ser el refugio para convertirse en el umbral.

-Voy para allá- dijo David.

Y añadió casi son voz.

-No cuelgues.

-No pienso moverme de aquí.

Colgó despacio y dejó el teléfono sobre la mesa.

El clic del auricular sonó demasiado fuerte en la habitación. Harrison volvió a sentarse frente a Sira.

-Vendrá-le dijo.

Sira tragó saliva.

-¿Cuánto tardará?

El detective miró el reloj de la pared. Luego a ella.

-Lo suficiente para que te de tiempo a respirar… y demasiado poco para pensar en huir.

Sira soltó una risa breve, casi imperceptible, sin alegría.

-No voy a huir.

Harrison la observó un instante más.

-Eso dicen todos…hasta que la puerta se abre.

Y entonces, tras media hora, desde el pasillo, se oyó el primer sonido de pasos acercándose.

Los pasos no eran rápidos, pero tampoco dudosos. Eran de alguien que ya había tomado una decisión en el trayecto.

Sira se quedó quieta. Harrison no se levantó, pero su cuerpo cambió de postura, como un resorte contenido.

La puerta del pasillo chirrió.

Un segundo…

Dos…

CAPÍTULO II

Y entonces apareció David. No entró de golpe, se quedó en el umbral, como si el aire dentro de la habitación pesara distinto al de fuera. Llevaba la chaqueta aun puesta, sin desabrochar del todo, y la mirada fija… no en Harrison, sino en ella.

-Sira, Maggie, su Maggie.

Durante unos segundos nadie habló.

-¿Maggie?- dijo por fin.

Su voz no era fuerte. Era casi un hilo.

Ella se levantó despacio. Como si cada músculo tuviera memoria del pasado y le costará obedecer el presente.

-Hola- respondió.

Solo eso.

David parpadeó, como si esa palabra no encajara con todo lo que había vivido desde hacía años.

-No…- negó suavemente, sin agresividad- No puede ser.

Sira bajó la mirada un instante, pero no retrocedió.

-Sí puede.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores. No era de incredulidad ni de tensión. Era de reconocimiento.

David dio un paso más y se detuvo a apenas unos metros.

-¿Dónde has estado todo este tiempo?-preguntó, y la pregunta no sonó como reproche… sino como algo más cercano a una herida abierta.

Harrison, desde su silla, no intervino. Solo observaba, como si supiera que cualquier palabra sobrara.

Sira respiró hondo.

-He estado viviendo en España desde que tenía tres años. Mis padres han muerto y he encontrado esto en la caja fuerte -Y Harrison le pasó el

certificado de nacimiento.

David Allen.

David cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió estaban llenos de algo que no terminaba de decidir si era alivio o dolor.

Había imaginado aquél momento miles de veces durante veintidós años. Había soñado con encontrar a Maggie en una estación, en una carretera, en un hospital, muerta o incluso en una llamada de teléfono imposible que le dijera que estaba vivía.

Pero jamás había imaginado encontrarla así.

Frente a él. Tuvo que sentarse. Las piernas le flaquearon.

Sentada frente a él, sin dejar de mirarla.

Adulta.

Con el cabello castaño claro y el pelo por los hombros y los mismos ojos verdes de un lago transparentes que recordaba de niña, grandes de largas pestañas y nariz chiquita.

-Dios mío- susurró.

Sira sintió un nudo en la garganta.

Aquél hombre era un desconocido.

Y, al mismo tiempo, algo dentro de ella le decía que no lo era.

Harrison observó en silencio la escena antes de intervenir.

David siéntate bien hombre.

El ranchero de medio lado en la silla, obedeció sin apartar la mirada de la joven.

-¿Eres…Maggie?

La pregunta quedo suspendida en el aire.

-No lo sé.

La sinceridad de la respuesta hizo que David tragara saliva.

-Me llamo Sira Moreno Herrera. Al menos eso creí toda mi vida.

Harrison asintió.

-Cuéntale lo que me has contado.

Sira respiró hondo.

-Mis padres murieron hace dos meses mi madre Cecilia, de cáncer de páncreas y cuatro, casi cinco años, mi padre Joaquín de un infarto. Nunca supe que era adoptada, nunca me faltó de nada, ellos eran digamos ricos, una gran casa, un gran bufete de abogados. Yo lo llevé al final un par de años con mi madre. Soy abogada.

Y cuando ha muerto mi madre encontré eso en un sobre en la caja fuerte. Y tenía que venir.

La voz empezaba a temblarle.

-Nunca jamás me dijeron nada y solo había dos certificados de nacimiento, uno con mi verdadero nombre y otro con este. Y sé que vivíamos en Madrid hasta que yo tuve tres años y nos cambiamos a Sevilla.

Respiró hondo.

-Fueron muy buenos padres. Nunca me faltó cariño, ni educación, nada.

David bajó la cabeza.

Aquello era lo más difícil de escuchar.

Porque significaba que quienes se habían llevado a su hija la habían criado como propia.

-Entonces no entiendo nada- continuó ella. – No sé si me secuestraron, si me vendieron, si ellos me compraron, si alguien me entregó. No sé qué pasó y ahora no pueden responderme. Lo más duro es que al dejar esto sabían que iba a descubrir algo que no podían decirme.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos.

Harrison habló con calma.

-La prueba de ADN aclarará la parte biológica.

-Sí- dijo Sira. Estoy dispuesta a hacérmela, por eso he venido. Si es negativa me iré y seguiré con mi vida.

David se secó una lágrima.

-Cuando desapareciste… cuando Maggie desapareció… tenías tres años.

Ella levantó la mirada.

-Lo sé, he leído todo lo que encontré. Y lo que me resulta raro es que cambiáramos de ciudad, lejos a mis tres años.

-Te buscamos durante años.

Su voz se quebró.

-Años.

Sira observó el dolor sincero de aquél hombre.

Un dolor que no parecía fingido.

Un dolor que llevaba demasiado tiempo viviendo dentro de él.

-Lo sé. Pero qué podía hacer yo, ajena a todo esto.

David soltó una pequeña risa triste.

-Tu madre sigue dejando flores cada cumpleaños.

La joven sintió un escalofrío.

-¿Después de veintidós años?

-Nunca dejó de creer.

Sira tuvo que apartar la mirada. Porque de pronto aquella historia ya no era un artículo de un periódico.

Era una familia.

Una madre.

Un padre.

Dos hermanos gemelos adoptivos que ni siquiera sabían que aparecería.

Y una niña perdida.

Harrison levantó la cabeza.

-Voy a ordenar una prueba urgente de ADN. Con un poco de suerte tendremos los resultados en unos días.

David asintió pero no apartó la mirada de ella. Como si tuviese miedo de que desapareciera otra vez.

Finalmente habló.

-No voy a pedirte que me llames papá.

Sira levantó la vista.

-Ni voy -a pedirte nada.

La emoción endurecía su voz.

Ella permaneció en silencio unos segundos.

Solo quiero conocerte.

-Yo también quiero conocer la verdad.

Al salir de comisaría, Harrison acompañó a David hasta la puerta.

-No hagas nada precipitado.

David se pasó una mano sobre el rostro.

-¿Cómo no voy a hacerlo?

-Porque aún no tenemos el ADN.

David miró hacía donde Sira esperaba junto a su coche de alquiler.

-Es ella.

-Quizá sí, quizá no. Pero necesitas estar preparado para ambas cosas.

David no respondió.

Cuando se acercó a la joven, ella pareció haber tomado una decisión.

-Voy a quedarme en Austin unos días. Me alojo en este hotel- y les dio unas tarjetas.

-Podrías venir al rancho.

-¿Tienes un Rancho?

-Sí, a trece millas. Tenemos caballos, allí viven Luca y Jeremy y tu madre Hellen.

Sira negó con la cabeza.

-No.

-Sira…

-Todavía no.

David guardó silencio.

-No quiero causar más dolor a nadie si no soy Maggie.

-No lo causarías.

-Lo causaría si no lo soy.

Aquello lo frenó.

-Tus hijos, tu esposa… todos volverán a revivir algo que llevan muchos años sufriendo.

-David comprendió que estaba pensando en ellos antes que en sí misma.

-Prefiero esperar.

-¿En el hotel?

-Sí

-¿Y qué harás mientras tanto?

-Turismo. Me hace falta respirar.

David soltó una breve carcajada.

-No es el mejor plan turístico del mundo.

-He cruzado medio planeta para llegar aquí. Creo que puedo dedicar unos días a pasear.

…

Aquella noche, ya en el rancho, David reunió a los gemelos ya Hellen en el porche después de cenar. Siempre tomaban un café, pero ese café sería diferente.

El sol se ocultaba entre los pastos.

Los tres supieron inmediatamente que algo había ocurrido.

-¿Papá qué pasa?- preguntó Jeremy.

David permaneció en silencio.

Hellen se alarmó.

-David…

Él la miró.

Y después de veintidós años pronunciando aquel nombre únicamente en aniversarios y noche difíciles, dijo:

-Ha aparecido una joven en Austin.

El mundo pareció detenerse.

-¿Qué joven?- susurró su mujer.

-Una española, del sur.

Las manos de Hellen comenzaron a temblar.

-David…

-Cree que podría ser Maggie.

El silencio fue absoluto.

Nadie respiró.

Nadie habló.

Hasta que Hellen se llevó una mano a la boca y lloró.

-No… no me hagas esto… ¿Dónde está ahora?

-En un hotel de Austin.

-¿Quiere vernos?

-Aún no. Ha pedido una prueba de ADN. No quiere hacernos sufrir más de lo que hemos sufrido.

Los gemelos se quedaron en silencio.

Era lo más sensato.

Lo único sensato.

Porque pensaron por un segundo en que viendo así a su padres, podría ser una cazafortunas.

-Y si estáis pensando en dinero. Tiene, es abogada y tiene un bufete reconocido, suyo- les contó todo.

Hellen bajó la mirada al suelo del porche.

-Tiene miedo.

-Mucho. Es tan bonita Hellen…

-Por qué tiene miedo?

-Porque si no es nuestra habrá removido una herida abierta. Y no quiere hacernos daño. No ha querido venirse al rancho.

Hellen se secó una lágrima que había aparecido sin darse cuenta.

-¿Y cuando sabremos algo?

-En unos días.

La mujer miro a los campos que se extendían frente al rancho.

Años esperando.

Años esperando una respuesta.

Y ahora que quizá estaba cerca, sentía más miedo que nunca.

-Entonces esperaremos.

Todos pensaron exactamente lo mismo, por que ¿Qué pasaría si Maggie había encontrado por fin el camino de vuelta a casa?

CAPÍTULO III

Los cinco días siguientes fueron los más largos en la vida de Sira.

Intentó mantenerse ocupada.

Recorrió a pie Austin, paseó por la orilla del lago Lady Bird y entró en pequeñas cafeterías donde nadie conocía su historia. Sacó fotografías, compró algunos recuerdos y fingió ante sí misma que era una simple turista española disfrutando de unos días de vacaciones.

Pero cada pocas horas miraba el teléfono.

Esperando.

Temiendo.

Deseando.

En Sevilla mientras tanto, el bufete iba de maravilla. Nadie sabía nada. Ella no lo dijo. Solo su amiga Laura lo sabía.

La llamaba cada noche.

-¿Sabes algo?

-Todavía no.

-Me tienes con el corazón en un puño.

-¿Y si soy su hija, Laura? Tengo que pensar en ello. Volver tengo que volver, pero querrán tenerme allí. Sería injusto no hacerlo.

-Tú vas y ves el lugar, cómo viven, si eres, te quedas en ese rancho unos días. Y tu decidirás qué hacer. Y si tienes que irte, vendes todo y te vas. ¿Qué problema tienes? Puedes montar un pequeño bufete allí.

-Te vienes conmigo.

-Ummm, me lo pensaré.

…

La llamada llegó cinco días después, de mañana. Era Harrison.

-Ya tenemos los resultados Sira.

Sira dejó de respirar un segundo.

-¿Y?

-El laboratorio nos ha citado dentro de una hora.

Nada más.

Nada menos.

….

El hospital parecía demasiado silencioso.

Sira llegó con las manos heladas.

Harrison ya estaba allí.

David también.

El ranchero se levantó al verla entrar.

Ninguno de los dos habló demasiado.

No hacía falta.

Los tres sabían que aquella hora iba a cambiar varias vidas.

Una doctora los condujo hasta una pequeña sala privada. Se sentaron alrededor de una mesa.

La mujer abrió una carpeta- miró los documentos. Y comenzó a hablar con voz profesional.

-Hemos comparado las muestras de ADN aportadas por ambos, su mujer Hellen, David Hellen y Sira Moreno.

Sira notó como el corazón le golpeaba contra las costillas.

David tenía los puños cerrados sobre las rodillas y Harrison estaba expectante.

-Los resultados muestran una compatibilidad biológica directa de parentesco. La probabilidad es superior al 99,9 por ciento.

El mundo se detuvo.

Nadie se movió.

Nadie respiró.

-¿Eso significa…?- susurro Sira.

La doctora sonrió con suavidad.

-Significa que no hay ninguna duda de que usted es hija biológica de Hellen Allen y David Allen

Sira sintió que las lágrimas aparecían sin poder evitarlas.

Cuando levantó la vista, vio que David estaba llorando.

Abiertamente.

Sin intentar ocultarlo.

Aquél hombre grande y fuerte que dirigía un rancho entero, tenía el rostro completamente roto por la emoción.

-Maggie…

La palabra salió apenas como un susurro.

Sira cerró los ojos.

Nadie la había llamado así desde que tenía tres años y no lo recordaba.

Y sin embargo, por alguna razón, sintió que aquella palabra encontraba un lugar dentro de ella.

David se puso en pie.

Rodeó la mesa.

Y con infinita cautela, como si temiera que todo desapareciera de un momento a otro, la abrazó.

Sira se aferró a él.

Y ambos lloraron.

Harrison se acercó discretamente hacia la ventana para dejarles aquél momento.

Después de unos minutos, David se apartó un poco.

Tenía los ojos rojos, pero sonreía.

-Te encontré.

Sira soltó una pequeña risa entre lagrimas.

-Creo que fui yo quien os encontró.

-Da igual.

Volvió a cogerle las manos.

-Da exactamente igual.

Se quedaron mirándose durante unos segundos.

Padre e hija, su princesa. Su niña bonita y mimada.

-Por fin.

Entonces David respiró hondo.

-Maggie…

Ella no corrigió el nombre.

-Ven al rancho, ven con nosotros, conoce a tu madre que está desesperada, a tus hermanos. Cuando quieras, no tiene que ser hoy.

-Será hoy. Ahora. Hablaremos de todo.

-No tienes que cambiarte el nombre si no quieres. Solo ven a casa.

Casa.

Las lágrimas volvieron a los ojos de Sira.

David sonrió entre lágrimas.

-Tu madre y tus hermanos llevan cinco días sin hablar de otra cosa, quieren conocerte.

-Iré claro que iré. Me iré contigo. Si me acompañas al hotel recojo mis cosas. Pero tengo un coche de alquiler.

-Lo dejas. Tenemos coches si necesitas venir a la ciudad.

Ella fue al lado del teniente Harrison y lo abrazó.

-Gracias teniente.- y este se emocionó.

Hasta David y él se despidieron con un abrazo.

Entonces vamos al hotel y vámonos a casa- dijo David con voz rota.- tu madre te está esperando. No vamos a decirles nada, llegaremos de sorpresa.

Le echó los brazos por los hombros a su hija y se montaron en el coche del padre. Pasaron por el hotel, recogió sus cosas y siguieron la ruta de algo que había perdido veintidós años atrás.

Su padre iba loco contándole cosas del rancho, de la casa, de todo.

Y ella iba feliz. Ahora tenía de nuevo otros padres, los suyos de verdad. Los que habían sufrido mucho por tenerla y ella no podía ahora quitarles esa felicidad.

…

El camino de tierra a las afueras de Austin parecía no terminar nunca. Sira observaba por la ventanilla del coche de su padre, las inmensas praderas doradas que se extendían bajo el cielo azul de Texas. Cercas de madera blanca, algunos caballos pastando… y la vida salpicaba el paisaje.

Su padre seguía hablando de todo y Sira había intentado hablar varias veces durante el trayecto, pero la emoción le cerraba la garganta.

De vez en cuando la miraba de reojo.

Seguía sin creerlo.

Su hija.

Su pequeña Maggie.

Veintidós años después.

Sira tampoco sabía qué decir.

Apenas unos días era una chica sevillana que buscaba información sobre sus orígenes.

Ahora viajaba junto a un hombre que acababa de descubrir, era su verdadero padre.

Finalmente David señaló hacia adelante.

-Ya casi llegamos.

Sira levantó al vista.

A lo lejos apareció una entrada enorme construida con troncos de madera oscura, sobre ella había un cartel tallado a mano.

ALLEN RANCH.

Las letras destacaban sobre la madera envejecida por el sol. El corazón de Sira comenzó a acelerarse.

David redujo la velocidad.

-No estoy segura de que sea mi casa todavía.

David sonrió con los ojos húmedos.

-Llevamos veintidós años esperándote. Para mí siempre lo ha sido.

El coche atravesó la entrada. El camino serpenteaba entre grandes robles y campos donde pastaban decenas de caballos.

Un grupo de vaqueros trabajaba cerca de unos corrales.

Algunos saludaron a David levantando la mano.

Después apareció la casa principal y enfrente dos cabañas.

Sira contuvo el aliento.

No era una casa, ni eran unas cabañitas.

Era un enorme rancho de dos plantas con amplios porches de madera, columnas bajas y tejado rojizo. Delante había jardines cuidados, varios vehículos aparcados y una bandera americana ondeando suavemente. Las cabañas no eran cabañitas, frente a los jardines, convenientemente separadas, no tan enormes como la casa principal, peor de dos plantas también.

-Todo era grande en Texas- le había dicho su amiga Laura.

Pero aquello parecía sacado de una película.

David detuvo el vehículo.

Nadie había salido todavía.

Se quedó inmóvil unos segundos sujetando el volante.

Respirando hondo.

-¿Estás bien?- preguntó ella.

Él soltó una pequeña risa nerviosa.

-No.

Sira sonrió por primera vez desde que salieron del hospital.

-Yo tampoco.

David apagó el motor.

-Tu madre está dentro.

No Hellen, tu madre.

Sira sintió un nudo en la garganta. David abrió la puerta y bajó.

Después rodeó el coche y abrió la puerta de ella.

Como si casi todavía fuese una niña.

Como si estuviera recuperando los años perdidos.

Como si estuviera recuperando los años dormidos.

-¿Lista?

Sira miró la gran casa.

Las ventanas.

El porche.

Los caballos.

La tierra roja.

El lugar donde debería haber aprendido a caminar.

Donde debería haber celebrado cumpleaños.

Donde alguien debería haber dejado una luz encendida durante más de dos décadas esperando su regreso.

Tomó aire.

Y asintió.

-Sí.

Juntos caminaron hacia la casa.

Y en ese instante la puerta de abrió.

Hellen apareció en el umbral.

Se quedó inmóvil.

Como si el mundo entero hubiese dejado de girar.

Y Sira compendió inmediatamente quién era, porque ella era una copia joven de ella.

Porque aquellos ojos verdes como un lago, eran exactamente iguales a los suyos.

Y Hellen se llevó una mano a la boca mientras las lágrimas empezaban a caer.

-Maggie… susurró. Perdóname hija. Perdóname, fue un segundo y ya no estabas. Te perdí.

Y tras tanto tiempo, volvió a tener a su hija.

Sira sintió un nudo en el pecho. Aquella mujer a la que se parecía tanto tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Parecía querer correr hacía ella, y al mismo tiempo, no atreverse.

Hellen avanzó unos pasos.

-Eres tú…

David cerró los ojos.

Y entonces, sin poder contenerse más, quedó frente a ella.

-¿Puedo abrazarte?

La pregunta quedó en silencio en la habitación.

Sira observó aquellos ojos llenos de miedo.

Miedo a que la rechazara.

Miedo a perderla otra vez.

Miedo a que aquella segunda oportunidad desapareciera.

Y algo dentro de ella se derritió y fue Sira la que se acercó a ella y la abrazó. Y Hellen sollozando la abrazó con fuerza. Como si quisiera recuperar tantos años en un solo instante. Sira la rodeó con sus brazos. Las dos lloraron. David también. Tuvo que apartarse hacía la ventaba para no llorar tanto.

En ese momento se escuchó una voz por el pasillo.

-¿Llegamos tarde?

Sira y Hellen se apartaron lentamente.

Dos chicos altos y fuertes acababan de entrar en la casa.

Los gemelos.

Lucas y Jeremy.

Los dos se quedaron quietos al verla.

Nadie dijo nada.

Hasta que Jeremy sonrió nerviosamente.

-Bueno… supongo que hola, hermana.

Y ambos la abrazaron. Ella casi pudo distinguirlos. Cuando abrazó a Lucas, éste sin que lo oyeran le dijo- tenemos que hablar- y ella lo miró sin que nadie lo notara.

Hellen seguía sujetando las manos de su hija.

-Eres preciosa- dios mío qué bonita- decía su madre. Nunca te hubiese imaginado así.

-Bueno. Ya está madre- dijo Jeremy bromeando- no se va a ir a ningún lado. Tenemos que conocerla.

-Yo soy el hermano más guapo- y todos rieron.-Y ese amargado de ahí es Luca.

-Mentiroso, no le hagas caso- dijo Luca.

Sira soltó un a pequeña risa.

La primera desde que había llegado al rancho.

Jeremy abrió mucho los ojos.

-¡Ha sonreído! ¿Lo habéis visto? Ya me cae bien mi hermanita pequeña.

David negó con la cabeza.

-No ha cambiado desde que tenía cinco años.

-Porque alguien tiene que aportar alegría a esta familia.

Luego miró a Luca y se encontró con aquellos ojos azules, tan parecidos a los de David. Tenían una conversación pendiente según él.

Pero sus ojos eran tan parecidos a los David.

Tan serios.

Tan difíciles de leer.

Avanzó despacio y se sentaron todos en los diferentes sofás del salón. Mía, la señora que cuidaba la casa la saludó maternalmente y le dio la bienvenida. Y puso unas limonadas que Hellen sirvió.

Luca, se sentó frente a ella.

No parecía incómodo.

Parecía cauteloso.

Como alguien que llevaba toda una vida protegiendo algo muy valioso.

Y que aún no podía creer que aquello fuese verdad.

-Mis padres nunca dejaron de buscarte.

-Lo sé. La que nunca lo supo hasta hace apenas dos meses era yo.

-Cada cumpleaños tuyo, había una tarta.

Y Sira los miró a todos sorprendida y emocionada.

Luca sonrió apenas.

-Este año, veinticinco.

David cerró los ojos.

-Luca…

-Es verdad papá.

Volvió a mirar a Sira.

-Mamá siempre ponía una vela más.

Las lagrimas aparecieron de nuevo a los ojos de Hellen y Sira la abrazó como un consuelo emocionante.

-Aunque no supiéramos donde estabas.

Y entonces hizo algo que sorprendió a todos.

La abrazó.

No fue un abrazo impulsivo como los de Jeremy, no como el que le dio antes al conocerla.

Fue lento.

Firme.

Protector.

Como si estuviera diciendo sin palabras:

-“Ya estás aquí. Ya no tienes que marcharte sola a ninguna parte.”

CAPÍTULO IV

Cuando se separó fue Luca el primero en apartar la mirada.

Porque algo extraño le había ocurrido al verla.

Algo que no esperaba.

Algo que no había sentido.

Sabía perfectamente que no era su hermana biológica.

Lo sabía desde siempre.

Y aún así…

Aquella joven española de ojos verdes había aparecido a la puerta del rancho y por un instante, el mundo del rancho cambió, pareció detenerse. Como su corazón.

No entendía por qué.

Ni estaba dispuesto a admitirlo.

Así que enterró aquella sensación en el fondo de su mente.

Bueno, nosotros nos vamos Luca- dijo Jeremy, hay trabajo, los dejamos con papá y mamá. Tiene mucho de qué hablar. Pero esta noche te vienes con nosotros y te enseñamos las cabañas y hablamos.

Y mañana te enseñamos el rancho.

-¿Sabes montar?- decía Jeremy emocionado.

-He visto los caballos en la feria y de lejos- y se rieron.

-Montarás con Luca o conmigo y ya veras.

-¿Las agujetas?

Era graciosa y congeniaba con Jeremy.

-Muy graciosa hermanita.

-Le dieron un beso en la mejilla y a sus padres y salieron.

-Son encantadores- dijo Sira- Luca más serio.

-Es muy protector hija- dijo Hellen- ve acércate tenemos los tres mucho que hablar.

Y empezaron a contarle cómo la perdieron en un segundo, a veces lloraban, como al año la dieron por perdida, la esperaron y nada.

-Tu padre habló con los servicios sociales, ambos nos sentíamos culpables, cada uno a su manera, él trabajando como un loco y yo me deprimí tanto que no levantaba cabeza. Hasta que un día dos años después de desaparecer mi niña preciosa, me trajo al rancho a estos dos. Estamos tan orgullosos... Si los hubieras visto. Pegaditos, de la mano. Luca no lo dejaba solo nunca. Era el mayor- y se reía. Tímidos, con hambre, sin ropa.

Hellen siguió después de suspirar.

-Y Míralos ahora con 29 años, su carrera y con tu padre mano a mano. Son muy buenos hijos. Tu padre le hizo unas cabañas después de graduarse y trabajar aquí. Aún no traen chicas. No sé cuáles son sus gustos. Pero siempre cenan con nosotros y desayunan con los chicos en el barracón y toman algo a media mañana.

Hizo una breve pausa.

Luca es más de despacho y Jeremy un potro salvaje como tu padre- y ella se reía.

Mía y yo nos ocupamos de la casa y la comida. Viene un chica a limpiar, Deby y la ropa. porque Mía se encarga más de la cocina y yo de hacer las listas de la compra. Tu padre quiere que disfrute y los chicos no quieren que trabaje. Después te enseñaré la casa. Y coges la habitación que quieras.

-Vale.

-Hemos sufrido mucho.

-Lo sé. Me cuesta decir madre, o padre.

-No te preocupes, debes estar preparada, le dijo David. Hace poco que murió la madre que conocías.

-Sí. De cáncer y mi padre de un infarto. Y no quiero pensar que hicieron algo malo. Lo que hicieron conmigo fue darme todo lo que una niña puede desear, soy abogada.

-Sí. Me lo ha dicho tu padre- dijo Hellen.

-Tengo un gran bufete de abogados allí en Sevilla y una gran casa, con piscina.

-Y te volverás…- dijo con tristeza Hellen.

-Voy a quedarme unos días aquí y lo pensaré.

-Aquí tienes tu casa.

-Sé que allí tengo a una amiga si acaso. Y trabajo. Pero no familia. Quiero ser sincera con vosotros. No quiero haceros más daño. Mi peso en la balanza es estar cerca. Nos lo merecemos todos.

-Hija…- la abrazaba la madre. Si te vienes…

-Si me vengo, es para trabajar también. El rancho está ocupado.

-Podemos buscarte algo.

-He pensado que si tomo esta decisión, puedo poner un despacho de abogados aquí, es lo que sé hacer, lo que he visto hacer toda mi vida. O trabajar en uno y tener más tiempo.

-Si es lo que quieres…. Y si necesitas dinero…pero quisiera que vivieras con nosotros en el rancho, tiene dormitorios y si no, tu padre manda construir una cabaña igual que la de los chicos.

-No haría falta al principio, no tengo pareja, ni nada.

-No es por eso, es por tener intimidad. Cenas con nosotros, nos cuentas todo, salimos de compras…

Y ella la abrazó

-Lo que nunca pudiste hacer.

-Eso es.

-Pero no me compres coletas.

-Dios mío- se reía con ganas- eres como Jeremy de graciosa. Quiero que te vengas, pero si decides no hacerlo iré a verte largas temporadas.

-Quizá tarde unos meses en vender todo. Porque si me vengo, me vengo para siempre. No quiero tomar una decisión equivocada.

-Para eso te quedas estos días y si quieres alguno te acompañamos a España para traer tus cosas.

-Serían muchos meses y no podéis dejar esto solo. Pero hablamos todos los días.

-Ojalá te vinieras.

-Eres igual que yo, madre- se la quedó mirando y esa palabra, madre le llegó a lo más profundo.

-Sí, tu padre decía eso cuando eras pequeña. Por los ojos. Venga. Te enseño tu habitación y descansas. David sube la maleta.

-Voy, esta en el maletero. Luego tengo que ir con los chicos.

-Hoy toca la casa y conmigo- dijo Helen contenta.

Y le enseñó la parte de abajo, dos salones grandes, uno era un gran despacho.

-Ahí viene a veces Lucas por las tardes aunque en su cabaña tiene otro. Jeremy también para anotar la vacunación. Tu padre te explicará todo lo del rancho y ellos también.

-Esta es la cocina abierta al salón. Mía. Es la dueña- Y Mía se reía.

-Señorita es la viva imagen de su madre. ¡Qué guapa!

-¿A que sí Mía?

-Sí señora.

-Mía es como de la familia. Es la mujer del capataz Logan. Se va cuando deja la cena y recogida. La cocina. Viven en una casa pequeña. Ya la verás. Tiene un hijo Jack, que trabaja con nosotros.

Iba señalando.

-El salón comedor para seis. En la isla también podemos comer. Ven por aquí.

Es precioso y enorme todo madre.

-¿Te gusta?

-Me encanta. Es moderno, los colores son… me gusta la sala.

-Será tuya. Para lo que quieras, apenas se usa.

-¿Me la puedo quedar?

-Pues claro cariño. Mira este es el patio. Ahí un baño antes de salir. Pequeño.

-Y esas puertas, lavandería, y limpieza, herramientas y cosas de piscina y aquella para meter las tumbonas. Hay un toldo para que no de calor, eléctrico y tenemos calefacción central y aire. Luego te doy las claves también. Este es un porche, a veces cenamos aquí. Siempre hay un balancín de más.

-Madre… y la abrazaba. Sira si algo tenía es que era cariñosa.

-Barbacoa que se encargan los chicos y la piscina con césped.

-Es grande el patio.

-Sí. Y esta puerta a la izquierda que tiene una pileta, es para que se quiten las botas y entren por ese lateral, si no me dejan la casa que no veas- y Sira se reía.

-Ven, vamos arriba.

-La principal. Doble, todas tienen baño.

-¿Todas?

-Sí todas, el nuestro doble.

-¡Que barbaridad!

-Luego otras cuatro, las que eran de los chicos que las puse ya de invitados y la tuya, en cuanto supe que venías, subí todo al desván y te la compré nueva.

-Madre, pero si no sabías…

-Entra y mira,

-Dos vestidores, y esa cómoda. Me encanta. La cama, tengo televisor y da al campo.

-Como la nuestra

-Es preciosa, la colcha, me gusta todo. Gracias.

-Ahora Deby te deshace la maleta, si te ve algo arrugado lo plancha y si tienes algo para lavar, lo dejas en el cubo. Ven al desván.

-Madre esto es una planta sola, enorme.

-Sí, aquí tengo recuerdos, si te vienes puedes dejar en un hueco lo que quieras Hay espacio. Tus juguetes, tus ropas… una cuna, todo. Y esta es toda la casa. Te dejo con Deby y descansas. Luego cenamos a las seis. Pero si bajas antes, tomamos un café.

-Sí, claro, voy a llamar al bufete y a mi amiga Laura.

-Muy bien hija

-Madre…

-Dime…

Y la abrazó fuerte.-Y ella se emocionó.

Parecía ir todo muy bien.

Pero estaba Luca.

Algo le pasó al verlo y eran idénticos, pero Luca se notaba, distinto, más serio.

No quería pensar.

No, no, no.

Problemas aunque no era su hermano biológico.

-Fuera cupido- dijo ella a solas.

Y empezó a deshacer su maleta.

Llegó Deby y a la media hora la dejo sola duchada y con el pelo seco, un vestido fresco de algodón estampado y unas zapatillas blancas.

Se tumbó en la cama por fin con la puerta cerrada sin llave.

Primero llamó a Juanma al bufete.

-Hola Juanma.

-Hombre jefa perdida. Por aquí todo controlado.

-Quiero contarte algo Juanma, ¿tienes tiempo?

-Sí, acabo de abrir.

-Pongo video que es más barato

-Venga.

Y ella empezó a relatarte por qué había ido allí precisamente. Absolutamente todo.

-Pero Sira, eso quiere decir que tus padres…

-Dilo, me compraron, creo, ilegalmente y se mudaron a Sevilla. Las casualidades no existen.

-¿Y tus padres tienen un rancho?

-Y dos gemelos adoptivos.

-Y te has hecho la prueba de ADN.

-Exacto.

-¿Vas a irte?

-Estoy barajando la posibilidad. No me queda nada. Me lo deberían haber dicho, pero dejaron que lo descubriera. Se lo perdono de todas formas porque he sido feliz, pero imagina, tantos años de sufrimiento de mis verdaderos padres, Juanma.

-¡Joder Sira!

-Si me voy creo que buscaré trabajo. Montar un despacho será carísimo y no quiero quedarme sin dinero. Y sobre todo, quiero tener tiempo para ellos. Viviré en el rancho, quieren construirme una cabaña como mis hermanastros.

-Eso te lo aconsejaría. Invierte parte del dinero y no montes un negocio. Busca trabajo. Eres muy joven Sira.

-Sí, lo sé.

-Quiero que si vendes esto, me tomes como primera opción.

-¿Quieres comprarlo?

-Me gustaría. Haré cuentas, tendré que pedir un préstamo. Tendrás que enviar un tasador. Pero me quedaría con todos los abogados y el personal. Eso ni lo dudes.

-Es comprado.

-Lo sé que es comprado, pero mis padres me darían algo, he heredado de mi abuelo una casa y una finca que vendería. Y si me falta un poco es justo lo que pediría al banco.

-Manda un tasador de mi cuenta.

-¿En serio?

-Sí.

-¿Y la casa?

-Cuando vaya la pongo en venta y los coches.

-Que no te timen, la casa no menos de cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta mil. Tiene quinientos metros cuadrados y mil de terreno.

-Lo sé.

-¿Cuándo vuelves entonces?

-La semana que viene. Tengo cinco días. Para ver todo y saber que me quedo o me voy.

-Bien, ahora llamo a un tasador. Y hago cuentas también por si acaso. Y decides.

-Eso lo paga la empresa, ya sabes cómo, deja la factura.

-Perfecto. Disfruta Sira. Y vete con ellos si son buenos. Aquí no tienes familia.

-Gracias Juanma.

-De nada… pásalo bien.

Se quedó contenta con la llamada y más si él se quedaba con el bufete y nadie iba a la calle. Eso era imprescindible.

La próxima la hizo a su amiga Laura.

-¡Hola amiga!

-Ey que haces que no me llamas…

-Estoy en el rancho. Vuelvo en cinco días.

-¿Son tus padres?

-Lo son. ¿Por qué no me lo dijeron Laura?

-Porque no podían, ibas a odiarlos. De esa manera sabían que los perdonarías y encontrarías a tu verdadera familia. ¿Cómo son?

-Encantadores. Perfectos. Mis hermanos… bueno los hijos adoptivos, te encantarían.

-¿Qué pasa…?

-Luca.

-¿Quién es?

-Uno de los gemelos. Luca.

-¿Y?

-No sé, siento algo extraño cuando lo veo, me pone nerviosa y al abrazarme me dijo que tenemos que hablar. Aunque Hellen, mi madre, dice que es muy protector.

-Será para que no les hagas más daño.

-Seguro.

-Te ha gustado, ¿eh?. Mira que a ti para que te guste un chico… te gusto solo Rubén y no tuviste más.

-Porque me fue infiel Laura. Y era el primero. No perdono eso.

-Hiciste bien, por ahí lo veo Rubeneando- y ella se reía.

-¿Te irás verdad?

-Me iré. Cuando venda el bufete, lo quiere Juanma.

-¿Se lo has contado?

-Ahora mismo… lo va a tasar. No te va a echar. A ninguno.

-¿Y tú?

-Venderé la casa, los coches y buscaré en un bufete. Para tener más tiempo con ellos. Viviré en el rancho. Y me van a hacer una cabaña como a los gemelos. Mientras vivo en la casa. Debería un tiempo. El resto del dinero lo invertiré. Y me visitarás en vacaciones y alguna vez iré, cada dos años o así a llevarle flores. Hicieron lo que pudieron. No los juzgo.

-No debes. Haz a los tuyos felices ahora. Abraza como sabes. Ama como si te hubieran puesto un milagro delante. No estás sola.

-¡Qué sabia eres!

-La vida es corta y si te pone limones haz limonada y si te pone una familia la quieres.

-¿Y si me pone a Lucas?

-No es tu hermano.

-¡Ay dios Laura…! Venga te dejo trabajar. Ya te llamo cuando llegue y te vienes a casa a dormir hasta que me venga.

-Lo que quieres es que te ayude a recoger.

-Te llevarás lo que te guste a tu apartamento nuevo medio amueblar que te has comprado.

-Siendo así…

-Besos loca.

-Cuídate.

Se quedó pensando un rato y en ese silencio, se quedó dormida. Estaba cansada de esos días y aún no había recuperado sueño.

Se despertó a las cuatro y media.

Se dio con agua en la cara, un retoque y en el pelo y bajó a la planta de abajo.

CAPÍTULO V

-Hola madre.

-Hola cariño, ¿estabas cansada?

Se sentó a su lado. Hellen tenía un libro en las manos y lo dejó abierto bocabajo al otro lado del sofá.

Y ella la abrazó.

Hellen estaba encantada.

-Estos días, la tensión de la prueba, el enterarme de todo, el viaje largo.

-¿Quieres un café?

-Me apetece sí.

Y su madre se lo llevó con leche y azúcar y un trozo de tarta.

-Mamá voy a engordar.

Había pasado de madre a mamá y estaba tan encantada.

Se echó en su hombro.

-¡Qué bien se está aquí! He dormido poco pero tanto silencio y este aire de campo…

Le dijo que le encantaba la habitación y charlaron sobre cómo había sido su vida allí, cómo era la casa y el bufete, Sevilla…

Y oyó un ruido.

-Es Luca, está en el despacho.

Y en esas sonó el teléfono .

-Mi amiga Melanie. Me llama todas las tardes.

-Habla con ella, dejo esto en la cocina y voy al despacho.

-Vale hija.

Llamó al despacho aunque la puerta estaba abierta.

-Hola, ¿puedo pasar?

-Estás en tu casa- la miró.

-¿Has oído lo que hemos hablado?

-Esto está en silencio así que sí, lo he oído. Eres rica.

Y ella se rio.

Se sentó en uno de los sillones frente a él.

-¿Qué quieres decirme?

Cerró el portátil. Parecía haber acabado.

-Demos un paseo.

-Bien.

Salieron a dar un paseo al frescor de la tarde.

-No quiero que les hagas daño.- dijo Luca.

-Ella lo miro.

-¿Cómo no se lo haría según tú?

-Quedándote con ellos en el rancho para siempre.

-Y con vosotros.

-También.

-Pues aún no se lo he dicho. Vuelo en cinco días el lunes, tengo el billete sacado. Pero volveré.

-¿En serio?

-Claro que sí. Voy a ir a vender la casa de mis padres que ya es mía y el bufete.

-Eso tardarás en venderlo

-Quizá no, mi subdirector está interesado y ha mandado hoy tasarlo.

-¿Tu novio?

-No tengo novios... tuve uno que me puso los cuernos y aprendí- sonrió Luca.

-¿Solo uno?

-Solo uno y no te rías, lo lloré mucho. Era el primero. Y yo demasiado romántica.

-Perdona.

-Papá y mamá estarán contentísimos cuando se lo digas. Mama ha sufrido mucho.

-Lo sé. Por eso no quiero que sufran más . Yo allí ya no tengo familia. Buscaré un trabajo en Austin y viviré en el rancho.

-Te harán una cabaña.

-Lo sé-dijo ella riendo.

-Bueno ¿y tú tienes novia hermanito?

-No me digas hermanito. No lo somos.

-No, no lo somos.

-No tengo.

-¿Rollitos solo?

-Y sin compromiso de una noche de vez en cuando. No soy un mujeriego, pero tengo mis necesidades.

-Ya.

-¿Tú no?

-De momento tengo necesidades claro, pero sin sentimientos no me acuesto con cualquiera. Sería algo muy especial de una atracción química insuperable.

-Una buena chica.

-Eso es. De las que se casan.

Y Luca sonrió por primera vez.

-Mañana te enseñaremos el rancho. Montarás conmigo. Jeremy está un poco loco.

Y ella se rio.

-Me encanta.

-¿De qué forma?

-¿De qué forma va a ser Luca?. Es gracioso y divertido. Deja de ser tan protector y relájate.

-Sé relajarme.

Y ella lo miró asombrada.

No había duda ninguna en cómo se lo dijo.

Ni en cómo la miró.

-No juegues.

-Nunca juego.

La tensión cortaba el aire.

-Sé que te ha pasado lo mismo.

-¿Eres adivino?

-Dime que no.

-Estoy confundida, pero sí.

-Joder Sira…Maggie.

-Sira. Ese me gusta más.

-Tenemos un problema.

-Houston.

-¡Qué graciosa!

Y ella se rio y le dio en el brazo.

-Ay…

-Eso puede ser pasajero.

-Lo veremos.

-Anda vamos a cenar, que viene Jeremy y nuestro padre. Y él le echó el brazo por encima.

-¡Qué enana eres!

-Que te doy…

Sería serio, pero incorregible también. Nadie vería eso sino como una muestra de afecto.

Salvo ellos.

…

La primera cena en el rancho Allen fue mucho más silenciosa de lo que cualquiera había imaginado.

La enorme mesa de madera del comedor estaba preparada para cinco personas. Hellena había insistido en colocar las mejores flores del jardín en el centro y en sacar la vajilla que solo utilizaban en ocasiones especiales. Aunque nadie dijo en voz alta, todos sabían que aquella noche era única.

Después de veintidós años.

Después de una vida entera.

Sira se sentó entre Hellen y Jeremy.

David ocupó la cabecera, incapaz de apartar la vista de ella más de unos segundos.

Cada gesto, cada movimiento le recordaba a la niña que había perdido.

-Bueno…- dijo Jeremy rompiendo el silencio- Creo que soy el único que puede admitir que está muerto de hambre.

Las risas aparecieron al instante.

-Eso no ha cambiado desde que tenías cinco años- dijo David.

-Ni cambiará.

-Confirmado- añadió Luca desde el otro lado de la mesa.

Aquello ayudó a relajar el ambiente.

La cena comenzó entre platos de carne asada, verduras del huerto y pan recién hecho.

Sira observaba todo.

Las fotografías familiares colgadas en las paredes.

Las ventanas que daban a los pastos.

Las miradas que, una y otra vez, terminaban regresando a ella.

Como si todavía no creyeran que estaba allí.

-¿Y qué te parece Texas?- preguntó Jeremy.

-Muy distinto a Sevilla.

-Eso es una forma elegante de decir que estamos en medio de ninguna parte.

-Oye- protestó David.

-Papá, vivimos rodeados de caballos.

-Caballos de primera.

-Caballos caros siguen siendo caballos.

Sira soltó una carcajada.

La primera verdadera carcajada de la noche.

Y entonces, se relajaron un poco más.

Hellen observó en silencio.

Aquella risa.

La forma de inclinar la cabeza.

Incluso el brillo de sus ojos.

Había tantas cosas que le resultaban familiares que por momentos al verla y ver a toda su familia alrededor de la mesa, tenía que contener las lágrimas.

-¿Mamá?

Había sido Sira quien la había llamado así. No era la primera vez esa tarde pero era raro.

Todos quedaron inmóviles porque no lo habían oído esa tarde mientras la madre enseñaba la casa a Sira.

Los ojos de Hellen se llenaron de lágrimas.

-¿Te encuentras bien?

-Ahora sí.

David se levantó y besó la cabeza de su hija emocionado.

Jeremy intervino antes de que aquello terminara como el rosario de la aurora, todos llorando.

-Vale como representante oficial de los hermanos mayores…

-Nacimos el mismo día- dijo Luca.

-Déjame terminar.

-Adelante.

Jeremy sonrió a Sira.

-Quiero que sepas una cosa. No importa cuánto te quedes aquí. Una semana, un mes, para siempre… Esta es tu casa. Y nosotros tu familia.

Sira sintió un nudo en la garganta desde su llegada al rancho. Porque aquellas personas eran prácticamente desconocidas.

-Y sin embargo…

Había algo en aquella mesa.

En las bromas.

En las miradas

En Luca.

En el cariño contenido durante años.

Algo que se parecía muchísimo a estar en casa.

-Gracias- susurró.

Lucas que había permanecido muy callado toda la noche, habló entonces.

Todos miraron.

-Mañana verás el rancho. Te lo enseñaré. A los chicos, todo.

-¿Tú?- dijo Jeremy- y David sonrió.

-Sí.

-¿Voluntariamente?

-Sí.

-¿Sin que nadie te obligue?

-Jeremy…

-Estoy intentando procesarlo.

Las risas llenaron el comedor.

Los Allen…

No eran perfectos.

No sin heridas.

Pero completos.

Y entonces fue el momento de Sira…

-Quiero deciros algo.

Y todos prestaron atención.

-Me vendré a vivir al rancho. Para siempre- y los padres lloraron emocionados.

-¿De verdad hija?

-Sí papá. Ya habéis sufrido bastante. Allí no tengo familia y aquí sí, la que perdí.

-¡Dios mío hija!. Dijo Hellen, no sabes lo feliz que soy, he estado tan perdida…

-Vamos mamá y se levantó a abrazarla.

-Mira David… lo conseguimos. Dios es justo.

-Veréis, me voy el lunes, ya tengo el billete. Me están tasando el bufete y el subdirector quiere comprármelo. Luego tengo que vender esa casa enorme. Y los dos coches. No sé qué tardaré, pero me quedan con vosotros cuatro días. Hablaremos todos los días.

-¿De verdad vas a hacer eso?

-Voy a hacerlo. Me tomarés un par de semanas de vacaciones aquí. La sala es mía- y todos se rieron.

-Te pondré lo que necesites. Dijo David contento.

-Está bien así papá, con una mesa de despacho tengo.

-Yo me ocupo, dijo Luca.

-No me quites el sofá ni nada.- dijo en broma. Después he pensado invertir algo de dinero y buscar trabajo. Si necesitáis dinero…

-Claro que no hija. El rancho va muy bien.

-Pues después de tomarme unas vacaciones e ir de compras con mamá en el coche que me compre, me podré a buscar un trabajo, pero viviré aquí. Esto me encanta. Está cerca de la ciudad.

Los padres aún emocionados.

-Quiero cambiarme el apellido, si tú quieres papá.

-Por supuesto, eres una Allen.

-Pero no el nombre. Me gusta Sira. Maggie me recuerda a los Simpsons.

Y todos se echaron a reír.

-Lo que tú digas.

-No soy nada sin Sira.

-Es precioso, sí nos gusta, el abogado se encargará de todo y cuando vengas tendrás toda la documentación lista. Que Luca te eche una foto de cara para los documentos.

-Dios mío todos mis hijos juntos.

-Espero venir lo antes posible, pero tardaré quizá dos meses. No sé, espero que menos.

-No importa. Si te vienes…

-Quizá tenga suerte y venda en un mes.

-¿Lo has decidido bien?

-No quiero arrepentirme y estoy segura de que hago lo correcto. Pasaré por el cementerio y los perdonaré, dejaré atrás el pasado y comenzaré de nuevo.

Y así la abrazaron todos y tomaron café en el porche. Nos la llevamos a ver las cabañas… ahora la traemos.

Y se la llevaron entre risas.

-David.

Y se abrazó a el Hellen.

-Era nuestra. Era nuestra para siempre y es maravillosa. Al menos hicieron algo bien. Es una chica inteligente y nos querrá, si ya no nos quiere. Nos llama papá y mamá.

-Me emociono.

-Le prepararemos la sala, un hueco para un despacho al lado de la ventana, el resto le encanta. Iré de compras con ella de ropa.

-Gasta lo que debas. Que se compre lo que le guste.

-Mira que decirnos que si necesitamos dinero…

-Le compraremos una yegua mansa y que Luca la enseñe a montar.

Y el año que viene cuando hagamos cuentas, le haremos una cabaña. Como a los chicos.

-Sí, un año para nosotros.

-Te quiero mujer.

-Y yo a ti. Tanta espera. Soy la mujer más feliz del mundo con mis hijos.

CAPÍTULO VI

Entraron riendo en la cabaña de Jeremy, preciosa. Dos salas más pequeñas, una de despacho, un salón con cocina abierta, un aseo, un patio con piscina, más pequeño que la casa, pero era grande.

Y arriba tres dormitorios, dos con baño y uno doble.

Y el porche.

-Me encanta.

-Papá te hará una para ti.

Se sentaron en el porche.

Y estuvieron charlando de la universidad. De todo. Riendo y los padres miraban por la ventana cómo se reían y los veían felices.

Bueno, me la llevo a mi cabaña y se la enseño.

Pues hasta mañana hermanita que me levanto temprano, que aquí el señorito va de despacho.

Y la cogió en alto y la besó.

-No te pases.- y Jeremy se reía.

-Se pone celoso.

-¡Qué tonto eres!

Entraron en la cabaña de Luca.

-Gracias- le dijo Luca.

-¿Por qué?

-Por hacerlos felices.

-Yo también seré feliz.

-Ven, la cabaña es igual, con colores distintos.

Y a ella le encantó.

-Me gusta tu despacho.

Y al darse la vuelta chocó con él. Y la sujetó y quedaron cerca uno de otro y Luca bajo la boca y ella lo vio inminente sin poder hacer nada.

Posó los labios en los suyos y la apretó de la cintura. El beso se hizo profundo, salvaje, apasionado, romántico, sexual.

Cuando se separaron…

-Dios mío Luca…

-¡Estás temblando!

-Sí, y no está bien. Somos hermanos.

-Sira, no lo somos.

-¿Y nuestros padres…?

-Ahora no. Tienes que irte. Pensaremos. ¿Vale? La tenía abrazada por la cintura.

-¡Maldito cupido!

Y él se rio con ganas.

-Venga, te acompaño a casa.

Y la dejó en la puerta.

Se miraron y entró.

Los días siguiente fueron maravillosos, conoció todo el rancho, montó a caballo con Luca, aferrada a el.

-Mujer no me estrangules, relájate.

-Perdona- se reía ella. Pero él sentía en su espalda los pechos de ella y sin poder evitarlo se ponía duro.

Caminaba con su padre agarrada a su brazo y se reían. Por las tardes daban un paseo. Se echaba una siesta a veces en el sofá y la veía Luca. Con la madre tenía largas conversaciones, abrazos, cafés, desayunaba más tarde

con ella. Mía era estupenda y le decía que nunca había visto a su patrones tan felices.

Y el sábado, se la llevaron los chicos a cenar y a bailar a Austin. Y lo pasó estupendamente.

Cuando bailó con Luca, el cuerpo le quemaba.

-¿Me llamarás?

-Sí.

-Porque si no, te llamo yo.

-Hay siete horas de diferencia. Cuando esté en la cama a las once será la hora de la siesta aquí.

-Perfecto, te llamo desde la cabaña. A las cuatro. Antes de hacer un par de horas de despacho.

-Luca.

-Dime enana.

-Qué tonto eres…

-Tengo miedo ¿eh?

-No quiero que esto se nos vaya de las manos.

-¿Quieres dejar que las cosas pasen sin tener que preocuparte de todo?

-Me cuesta..

A las dos de la mañana llegaron al rancho y Jeremy entro. Había bebió unas copas de más, él que no bebía y tuvieron que acostarlo.

Y al bajar a la parte de abajo. Él la besó hasta cansarse. Y se deseaban tres chupitos pasaron factura y ella tocó, subió la mano por su vestido y la tocó, la acarició y la otra sacó sus pechos por el escote y mordió sus pezones.

-No gimas alto. Nena, que está dormido pero…

-Pues no me hagas eso.

-¡Joder Sira!, lo siento mujer. Pero eres demasiado para mí.

Se bajó un poco el pantalón, la metió en la sala y la cogió a sus caderas. Subió el vestido del todo y apartó el tanga y la penetró contra la pared. Nunca había sentido sira nada igual.

Nada en toda su vida.

Húmeda.

Caliente.

Sexual con él.

Hacía ya mucho tiempo.

Lo deseaba, se deseaban.

Hasta que en la última embestida, se corrieron juntos.

-Ay dios madre mía. Luca. Hemos pecado.

-Dios es justo.

Y se abrazó a él y se besaron.

-No se repetirá cuando vuelva.

-No, lo que tú digas.

-No lo dices convencido.

-No.

Y se rieron.

-No voy a pensar hasta la vuelta.

-No pienses, enana, Vístete que andas desnuda en casa de mi hermano y me voy a poner celoso.

-¡Qué irónico!

-Se compuso, él también y la acompañó a casa.

-Mañana tengo que hacer la maleta.

-Si puedo te llevo yo al aeropuerto. Si papá dice que él, no.

…

El domingo Sira se levantó tarde y desayunó como siempre con su madre, esta vez al ser domingo también con su padre.

-¿Que tal anoche hija?

-Lo pasamos muy bien. Llegamos pasadas las dos. Y ahora cuando de un paseo, haré la maleta.

-Papá y yo te llevaremos al aeropuerto.

-Os llamaré cada día, una video, pero no quiero que estéis tristes. Intentaré que todo se venda pronto. La decisión está tomada. ¿Vale mamá?

-Sí hija.

-Me debes ir de compras- y Hellen sonreía.

-Vamos no estés triste, esta vez no me voy para siempre- y la abrazaba.

-Y tú, papá, que no se ponga triste, que vuelvo, y si no vais a por mí.

-Te queremos Sira.

-Ahora voy a que Luca me eche esa foto de cara para que pueda avanzar el abogado.

-Claro que sí.

Y eso iluminó los ojos de su padre.

-Pues ahora vengo y dejo la maleta preparada. Salimos temprano así que tenemos que estar a las seis en el aeropuerto.

-No te preocupes.

-Pero hasta ella ya no quería irse y tener que recorrer horas de vuelo de ida y horas de vuelo de vuelta.

Salió al sol que irradiaba Texas. El domingo estaba todo más recogido. Había menos chicos pululando. Los caballos estaban en los pastos y los jardines olían a rosas y a jazmines.

Cuando llamó a la cabaña de Luca, se puso nerviosa, quizá estuviese aún dormido, pero ya estaba trabajando en su despacho y la vio venir por la ventana.

Antes siquiera de llamar una primera vez, la abrió la puerta.

Solo llevaba un pantalón de chándal e iba descalzo. Nada arriba.

Espectacular vista.

-¿No tienes ropa?

Y Luca se rio y le pegó un tirón y la metió dentro cerrando con llave.

Pegada a la puerta…

-¿No te gusto sin ropa?

-Con lo serio que eres…

-Tengo mis encantos ocultos. Ven aquí enana.

Y la cogió en brazos.

-Luca, no seas tonto que vengo a echarme una foto.

-¿Y te pones ese vestidillo?

-Para estar fresquita.

-Prefiero que estés calentita conmigo.

-Luca…

-Qué…

Luca ya le desabrochaba el vestido.

-Por dios nos van a pillar, ya verás.

-Yo te voy a pillar.

Y de un tirón la bajó el tanga.

-¡Ah dios Luca, bruto!

-Mete la mano. Mete la mano mujer y verás lo bruto que estoy.

Y ella metió la mano.

-Madre mía Luca…

-Sí, madre mía…

Y la tumbo en el sofá besándola y acariciándola y mordiendo sus pezones, lamiéndolos.

-Así no me hago foto- dijo entrecortada.

-Después. Métela tú, abre las piernas para mí, ¡joder cómo estoy!. Cómo me pones solo con verte Sira.

Y ella abrió las piernas y él se coló dentro, pero su boca.

-Ay, Luca que… No me han hecho eso nunca.

-¿No te lo hizo?

-No.

-Bueno, soy el primero y me encanta hacértelo.

Y ella se puso nerviosa.

-Relájate mujer. Solo voy a comerte.

-Dios mío- decía ella cuando él metió su boca en su sexo y ávido y experto la chupó, la lamió y ella cogía su cabeza y la hundía en su sexo.

Y gemía bajito diciendo su nombre.

Tuvo un orgasmo sin previo aviso, sin esperarlo. Y quedó en la boca de Luca.

Jadeaba y había sido…

Pero Luca no dejó pasar el tiempo, iba a reventar al verla así, acalorada, húmeda en su boca, subió a ella y la penetró y esos vaivenes presionando las paredes internas de su sexo hicieron el resto. El se quedó en ella y ella tuvo de nuevo otro orgasmo demencial con Luca. Si no era su hombre, al menos para el sexo lo era.

Lo abrazó fuerte, y se besaron.

-¿Qué voy ahora a hacer sin ti?. Llevaba meses sin sexo enana y ahora… eres mía. No quiero que lo hagas allí. Tampoco puedo pedirte promesas.

-¡Qué loco eres! Si no lo he hecho en dos años al menos. Ahora menos.

-¿De verdad?

-De verdad Luca. Pero esto ni está bien, y nos van a pillar, se va a enterar Jeremy, verás.

-No tiene por qué, seremos discretos hasta que estés tiempo en casa, un año y luego lo diremos.

-Pero Luca, nos conocemos hace cinco días.

-Cuando quiero algo lo sé.

-No soy un caballo.

-No, eres mi potrilla vaquera.

-No puedo contigo.

-Claro que no.

-Me visto y me haces esa foto. Voy a dar un paseo.

-Voy contigo, luego termino. Tengo que buscar un sitio para la foto sin nada detrás.

-Tienes un pene grande- le dijo mientras se ponía el chándal.

-¿Te gusta?

-Sí y rosado y me encanta y lo tocó.

-Ey loca, ni toques.

-Pues tú si que tocas.

-Porque tus tetas son preciosas y ahí abajo está húmedo siempre, y espero que sea solo para mi. Pero si me tocas me pongo de nuevo y no salimos.

-¡Que posesivo eres!

Cuando se vistieron, ella entro al baño y se recompuso.

Buscaron un rincón de la casa que no tuviese nada detrás y le hizo unas diez fotos.

-Esa me gusta- dijo ella.

-Si, es la que me gusta mas también. Pues esa la imprimo unas cuantas veces en tamaño pequeño y luego se las llevo a papá. Seguro que el martes está manos a la obra.

-Me encanta esta familia, Luca. Si no fuera porque cuando te vi…

-Me pasó lo mismo.

-No quiero que me hagan daño. Y a ellos tampoco.

-No voy a hacértelo o papá me mataría.

Y ella lo abrazó.

-Mi enana…

-Venga llamemos a Jeremy y demos una vuelta.

-Y mientras Luca cerraba la puerta. Llamó a Jeremy.

-¿Cómo estás loco?

-Ufff- me duele la cabeza.

-¿Quién te mandó tomar tantos chupitos? ¿Te vienes a dar un paseo con Luca y conmigo?

-Prefiero luego Sira, me acabo de tomar una pastilla. Es que nunca bebo.

-Bueno échate en el sofá a oscuras un rato.

-Sí eso haré. Y le dio un abrazo.

La cena fue una cena entre triste y alegre. Al día siguiente se iba Sira, quizá por unos meses y acababa de llegar a sus vidas. Ella intentaba que no se sintieran tristes que fuesen optimistas.

Jeremy ponía una nota de humor y Luca la miraba con deseo. ¿Qué había pasado entre ellos.

Era una locura.

Para sus padres iban a ser hermanos.

Sira pensó que no debía sentir nada.

Para no hacer daño.

Para no hacérselo

Para pensar lejos de él.

Para pensar en todo.

Laura.

Hablaría con ella.

Siempre le daba buenos consejos.

Quizá se había equivocado.

Pero Luca para ella era irresistible.

Eran idénticos, pero miraban distinto y por eso Sira los reconocía.

CAPÍTULO VII

La despedida en el aeropuerto fue triste. Los abrazó y los consoló.

Volveré mamá, no llores más.

-Ay mi niña…

Iba camino de vuelta en el avión e intentó dormir lo más que pudo para no pensar, para que el viaje no se hiciera tan largo.

Y por fin, al anochecer estuvo en casa.

Y esa casa le parecía fría.

Sola.

Vacía.

Pero tenía mucho trabajo.

Primero dormir un día entero.

Y eso hizo.

El miércoles ya estaba ordenando la casa y fue al bufete. Paso antes por la inmobiliaria y quedaron por la mañana del día siguiente para tasarla y ponerla en internet.

Cuando llegó al bufete abrazó a Juanma y a Laura. Y quedó con ella al salir.

Con Juamma fue a desayunar.

-¿Qué?, ¿qué tal tu nueva familia?- y le enseñó fotos, de ellos, del rancho…

-¡Joder Sira! Qué pedazo de rancho. Supermoderno. Tu madre es igual a ti, o al contrario.

-¿Sí, verdad? No ha parado de llorar. Y mi padre tampoco.

-Ponte en su lugar.

-Me pongo y no quiero ni imaginarlo. Lo peor Juanma es que mis padres sabían algo y no quisieron hacer nada. Sabían que hacían algo ilegal y ni se preocuparon.

-Venga, olvídate de eso ahora. Tienes a tus padres de verdad. Joaquñin y Cecilia fueron muy buenos y te dieron una nueva vida y te dejaron tu pasado en la caja fuerte.

-Eso sí.

Vino la camarera y pidieron.

-Bueno ¿y qué ha pasado el tasador?

-Ayer me dio la tasación, luego te la doy

-Dímelo al menos.

-Funcionando y demás con el local unos dos millones y medio.

-¿Y qué has pensado?

-Quiero quedármelo. Estoy gestionando el dinero.

-Te lo dejo en dos y tú asumes todos los gastos, los míos y los tuyos.

-¿En serio?

-Sí. Te va a salir más o menos, pero sin gastos.

-Gracias Sira.

-Por supuesto te quedas con todo el personal y todo el mobiliario.

-Pues empiezo a gestionar el dinero, quizá la semana que viene lo tenga y vamos al notario.

-Perfecto. Ahora a vender la casa.

-Esa no la rebajes, es demasiado grande. Tiene mil metros de parcela nada más más la casa.

-Mañana viene a tasarla de la inmobiliaria y esta tarde voy a gestionar y vender mi coche y el de mi madre. Puedo alquilar uno mientras y luego dejarlo en el aeropuerto.

-Si tienes el metro…

-Sí, quizá más adelante pero todo son documentos. Bueno. Voy a saludar de nuevo a Laura y me voy a casa a ir recogiendo cosas y donando. Los muebles quiero dejarlos.

-¿Te dejaron dinero?

-Bastante Juanma.

-¿Y vas a montar uno allí?

-No, no quiero problemas, necesito el tiempo para dedicárselo a ellos.

-Me parece muy buena idea.

-Buscaré eso sí, trabajo en un bufete.

-¡Ojalá tengas suerte!

-Gracias.

…

Todo fue según lo previsto.

Laura le ayudó a donar y a llevarse a su apartamento lo que quiso y lo que le venía bien a su casa. Incluso trajes de Sira que no iba a llevarse.

-No puedo. Tengo tanta ropa. Allí me compraré, aunque me da pena, está nueva. Me llevo las joyas de mi madre. Algunas voy a venderlas, en la aduana no me dejan.

-Quédate con algo sencillo que a ella le gustara.

-Mañana vienen a por los coches y firmamos. Y luego voy a la joyería.

-¿Y el resto de la ropa?

-La llevo a donar a la iglesia esta tarde. El resto lo llevo en tres maletas, el maletín de trabajo, y el de mano.

-Echemos un vistazo de nuevo.

Laura se llevó, ropa de cama, algunos muebles, ropa de Sira, juegos de vasos, algo de cocina. Su madre también quiso que viniera a llevarse.

Y al final la casa estaba lista. Para irse, los coches vendidos, la casa habían venido a verla. Medio millón pedían. Porque era una preciosidad.

La semana siguiente estuvo un día entero con Juanma vendiendo el bufete.

Y hasta un mes no le daban las escrituras de venta y todo terminaba, y ella esperaba también vender la casa en un mes.

Por la noche, allí era medio día enviaba una video y hablaba con sus padres y le contaba cómo iba todo. Mínimo un mes le quedaba, pero había vendido el bufete que era lo más importante.

Los coches, las joyas, fue al cementerio a despedirse.

Estaba cansada.

Hasta que una mañana así, como quien no quiere la cosa, unos ingleses vinieron con el de la inmobiliaria y vendió la casa.

-Tenía que salirse de ella y le quedaban veinte días.

Y tuvo que alquilar un piso en el centro Airbnb, cambió también a dólares los euros, menos diez mil que dejó. Y lo que le quedara lo cambiaba en el aeropuerto.

…

Y un mes después iba camino de nuevo a Austin, con todos sus documentos, si necesitaba algo se lo comunicarían.

Ahora la llorera fue con Juanma, con sus compañeros y con Laura.

-Ven a verme en vacaciones,

-Faltan tres meses.

-Pues tres meses, te vienes.

-Ya veremos, aunque esos gemelos…

-Tengo miedo de eso Laura.

-Pero si te enamoras…

-No quiero.

-No puedes hacer eso, sé como eres. Haz lo que dice, déjate llevar y no controles tanto. Que Luca es mayor y sabe lo que hace. Y creo que un año si podéis mantenerlo en secreto es un tiempo bueno.

Laura la llevó al aeropuerto. No tuvo que alquilar coche. Llevaba tres maletas, el maletín el bolso de mano y algunos millones de dólares al cambio.

Era mucho dinero para una joven de veinticinco años.

Pero al menos no iba allí al rancho con las manos vacías, aunque ninguno pensó en nada de eso.

Cuando llegó, solo estaba esperándola Luca.

Y ella miró a todos lados.

Solo él.

-Ha venido mi enana, ¡qué guapa estás!- ven aquí y ella se echó en su brazos y él la levantó y le dio dos vueltas.

-Para loco que me mareas.

-¡Qué ganas te tenía, nena!

-¿Y el resto?

-Mamá y papá han ido a Houston.

¿Y eso, están enfermos?

-No, es el cumpleaños de un amigo, un ranchero, así que estamos solitos, vienen mañana por la tarde.

-¿Y Jeremy?

-En la parte norte, se queda una noche.

-Así que nos vamos a casa, dejas eso que Deby te lo deshaga. Y nos vamos a la cabaña. Tengo algo de comer preparado. Le dije a Mía que comíamos allí. ¡Dios qué guapa!- y la besó profundo.

Cogió el carro y dejó las maletas de ella en el maletero.

-Tres maletas mujer…

-Pues he dado a mi amiga Laura. Tengo que comprarme algo aquí para cuando empiece a trabajar.

-Descansa antes.

-Sí, al menos un mesecito al aire libre, campo.

-Te voy a enseñar a montar.

-¿Ah sí?

-Boba de esa forma sabes y sé.

Y ella se reía.

Tomaron el camino al rancho.

Al llegar, Deby le ayudo a llevar las maletas a su habitación.

Y ella entró en la sala.

-¡Ay qué bonito!- y Luca se reía.

-Es tu espacio. Y en esa carpeta tus nuevos documentos- y ella miró su nueva identidad emocionada.

-El maletín lo dejo aquí. Espera me doy una ducha rápida.

Se dio una ducha y él se metió en el despacho.

Cuando bajó, llevaba el bolso y se había perfumado y Deby se quedó con sus maletas.

-Mía, voy a comer con Luca en su cabaña.

-Sí, toma esto.

-¿Eso qué es? – dijo Luca.

-Comida y postre.

-Pero Mía, si tengo.

-Por si acaso en la cena.

-Vale gracias. Si tengo que quererte.

Al final iban con las bandejas.

Luca abrió la pueta.

Y mientras ella dejaba los platos en la cocina, se dio una ducha.

Y bajó con el chándal descalzo.

-¡Qué te gusta enseñar!

-A ver, enséñame tú qué tienes.

Y ella se quitó el vestido y se quedó en ropa interior color cereza.

-¡Joder Sira! Tu ropa interior me pone.

La cogió y la subió arriba.

La puso en la cama boca abajo, le bajó el tanga y le quitó el sujetador.

Y desde atrás la pegó a su cuerpo así, con medio cuerpo en la cama.

-¡Ah dios Luca.

-¿Qué?, me gustan de muchas maneras y eso lo he soñado contigo y la penetró. Se oía el choc choc de sus cuerpos. Movía su clítoris con una mano y con la otra pellizcaba sus pezones sin dejar de moverse, sin dejar de gemir.

Sin dejar de hablar o besarle el cuelo y decirle palabras, a veces obscenas a veces tiernas que la ponían a mil.

-Voy a tenerlo Luca.

-¡Ah dios!, no me digas eso,…

-Ufff Luca…

Y él sintió su calor y se movió rápido y se unió a ella. Abrazándola y descargando su blanca escarcha, barriendo sus pechos y besándola.

-Esto es de locos. -Dijo ella entrando al baño y dándose una leve ducha.

Apareció con una toalla grande.

-Quítatela -dijo él acostado boca abajo en toda su grandeza con las manos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas. Como quien se siente feliz y sin problemas.

Se quitó al toalla y se fue a su lado.

-Cuéntamelo todo.

-Si te lo he contado estas noches. ¿Tú has salido?

-¿Para qué?

-No sé quizá para alguna chica guapa.

-La tengo a mi lado, no necesito a otra. Eres ardiente, caliente y me gustas más de lo que me gustabas al irte. No he dejado de pensar en ti, la abrazó fuerte.

Yde lado la penetró de nuevo.

-Dios mío, no te cansas.

-Contigo no.

Y así a la tercera que se la colocó arriba, le llegaron las tres de la tarde.

-Vamos a comer mujer, que no me das tregua -y ella le dio con la almohada.

Te vas a enterar – y la cogía y la besaba…

Se vistieron y pusieron la mesa bajita y unas cervezas y estuvieron comiendo.

Después tarta y café.

Y cuando recogieron, se echó en el sofá.

-Ahora sí que tengo sueño Luca.

-Vamos a echar una siesta y luego te quedas durmiendo hasta lo que necesites.

Y así ella amaneció al día siguiente.

…

-Por dios Luca… Qué estoy en tu cama. He dormido toda la tarde y toda la noche.

-Sí, dijo él sacando su pene y apartando su tanga.

-¿Y qué?

-Que van a venir

-Por la tarde…

-Ohhh dios Luca.

-Ummm….

-Me gusta, eso es…

-A mí más.

Abrió sus piernas y lo rodeó.

-Mal empezamos -dijo en su boca Sira.

-Yo diría que muy bien. Por las mañanas me levanto así.

Cogió sus maños y las puso arriba sujetándolas, inmovilizándolas y la penetraba una y otra vez, mordía sus pezones y los lamía y ella se dejaba hacer, hasta estallar como el primer rayo de sol.

Ella fue a cambiarse, porque iban a la barracón, se puso las botas, los vaqueros y una camiseta de manga corta.

-Ah no, no os vais sin desayunar -dijo Mía.

-La verdad es que tengo hambre.

-Venga sentaos y comed algo.

-Pensábamos comer allí.

-Ya ha dado el desayuno.

-¡Qué bueno Mía!

-Di lo contrario- y se rieron los tres.

Luego fueron a dar un paseo al barracón, iba a dar una vuelta hasta que volviera su hermano y ella fue con él.

Al acabar tomaron algo en la cocina del barracón y un café y se fueron a la casa grande.

Él tenía despacho, llevaba un manojo de facturas y demás.

Ella se echó en el sofá cuando se dio una ducha y se cambio de ropa él fue a su cabaña y se vi no en chándal.

Y la vio tirada en el sofá…

-¡Qué vaga eres!

-Aún tengo sueño acumulado.

-¿Te ha gustado la yegua?

-Sí, le voy a poner Blanca.

-Es blanca

-Por eso.

-¡Cómo eres. Mujer! Voy a trabajar un poquito, pongo el aire que va haciendo calor.

-Me quedo aquí. Luego pondré mis libros en la sala y el pc.

-Vale. Te conectaré la impresora. Mamá te ha comprado carpetas y se ha traído media librería. La niña mimada.

-Soy la niña mimada. ¿Tienes celos?

-No precisamente de ellos.

-Ni de nadie.

-Está bien, dame un beso que me entretienes.

-Mira quien habla…

…

Cuando volvieron sus padres, ella estaba terminando de colocar los libros en su estantería y Luca conectándole la impresora. Habían terminado de su precioso despacho junto a la ventana.

Su sala preciosa.

Los oyó entrar.

-Papá, mamá…

Y se abrazaron fuerte.

-Perdona mi niña, tuvimos que ir a un cumpleaños

-No pasa nada, he estado con Luca.

-Y aquí estoy- dijo Jeremy y la cogió en alto abrazándola y besándola.

-¡Estás loco!, bájame anda.

Luca no le gustó demasiado.

Pero volvían a ser esa familia que soñaron sus padres siempre.

La cena fue preciosa. Ella les contó todo de nuevo. Que iba a descansar unas semanas, que estaba derrotada que su madre le debía unas compras, que iban a ir a la peluquería y a todo. Un día de chicas.

Que iba a comprase un coche y todos le dijeron qué coche debía comprarse.

Jeremy habló de los pastos del norte.

Y los padres querían hacer una barbacoa un domingo por la mañana con sus amigos más íntimos para celebrar su vuelta.

Todo era maravilloso.

Y todo se cumplió en una semana.

Hasta la barbacoa en que se lo pasó estupendamente.

Y a veces, menos iba a la cabaña de Luca y hacían el amor. Varias veces.

Intensamente.

Apasionadamente.

Como furtivos.

Reían.

Se conocían.

Jugaban.

Le enseñó a montar a caballo.

Poco a poco.

Se abrieron las piscinas.

Se bañaba en casa de sus padres, en la de los gemelos los tres y se lo pasaban bien.

Hasta que Jeremy al mes de llegar ella, supo que había pasado algo entre ellos…

CAPÍTUO VIII

Jeremy encontró a Luca sentado en el porche de su cabaña cuando el sol comenzaba a caer sobre el rancho.

Se sentó a su lado. Serio él siempre que era el más simpático.

-¿Piensas decírmelo tú o voy a tener que seguir fingiendo que no veo nada?

Luca levantó la vista lentamente.

-No sé de qué hablas.

Jeremy soltó una carcajada.

-Por favor, somos gemelos. Te conozco desde que estábamos en el vientre de nuestra madre, fuese quien fuese. Sé cuando mientes, cuándo estás enfadado y cuándo te has enamorado.

Luca apartó la mirada.

-No me he enamorado nunca y no lo estoy.

-Claro, y yo soy astronauta.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos.

-La vi salir de tu cabaña la otra noche- dijo Jeremy finalmente.

Luca tensó la mandíbula.

-No digas nada.

-¿Desde cuando?

-Da igual.

-¿Desde cuándo Luca?

Su hermano suspiró.

-Desde antes de irse y volver. Surgió, sin más.

Jeremy se pasó una mano por el pelo.

-Mamá y papá van a perder la cabeza cuando se enteren.

-Por eso nadie tiene que enterarse. Es pronto aún.

-Es nuestra hermana.

-No es nuestra hermana.

Jeremy abrió la boca para responder, pero se quedó callado.

Era cierto.

Sira no compartía sangre con ellos. Había aparecido en sus vidas apenas unos meses antes. Sin embargo, tras tantos años buscándola, David y Hellen la habían recuperado como a una hija.

-Para ellos sí lo es.

-Lo sé.

Aquella respuesta salió demasiado rápida, demasiado cargada de culpa.

Jeremy observó a su hermano durante unos segundos.

-¿La quieres-

-Mas de lo que debería.

Por primera vez, Jeremy dejó de bromear.

-Entonces esto va en serio.

Luca asintió.

-Y eso es precisamente lo que me preocupa.

El viento movió las hojas de los árboles cercanos.

-¿Y ella?- preguntó Jeremy.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Luca.

-Ella también.

Jeremy resopló.

-Tenías que complicarnos la vida.

-No fui yo quien apareció en Texas veintidós años después.

-No, pero sí el que decidió enamorarse.

Luca se encogió de hombros.

-Créeme, no estaba en mis planes enamorarme.

Jeremy permaneció en silencio unos segundos antes de darle una palmada en el hombro.

-No voy a decir nada.

Luca levantó la cabeza.

-¿En serio?

-Eres mi hermano.

-Gracias.

-Pero si la haces sufrir, te rompo la cara.

Luca soltó una carcajada.

-Buena suerte.

-Te recuerdo que nací siete minutos antes que tú- dijo Jeremy.

-Y yo te recuerdo que sigo siendo más fuerte.

Jeremy sonrió.

-Ya veremos.

Durante unos instantes volvieron a sentirse como los niños que habían llegado al rancho juntos muchos años atrás.

Pero cuando Jeremy se dio la vuelta para marcharse, se detuvo.

-Luca.

-¿Sí?

-Ten cuidado.

Porque los dos sabían que el verdadero problema no era el secreto. Era lo que ocurriría cuando David y Hellen lo descubrieran.

Durante más de un mes, la vida fue maravillosa en el rancho.

Septiembre llegó casi sin darse cuenta.

El verano que Sira había imaginado como una breve visita se había convertido en algo más profundo. Había pasado más de dos meses en el rancho Allen, el doble de la meta que se puso para encontrar trabajo, y por una vez después de meses sentía que pertenecía a algún lugar.

Había mañanas en las que acompañaba a Hellen a Austin para perderse entre tiendas, cafeterías y librerías. Otras veces era Jeremy quien se empeñaba en sacarla del rancho para enseñarle algún rincón nuevo de Texas. Siempre entre bromas y carcajadas.

David, por su parte, aprovechaba cualquier excusa para compartir tiempo con ella- un paseo a caballo, revisar una cerca, una comida improvisada bajo los árboles. Veintidós años después, seguía intentando recuperar cada minuto perdido..

Y luego estaba Luca.

Su secreto.

Su refugio.

Su mayor felicidad.

Nadie sabía que, salvo Jeremy, algunas noches, cuando habían cenado, se iba con ellos a charlar la porche los hermanos. Jeremy se retiraba y ellos se metían a hacer el amor, besarse, acariciarse, un par de horas antes de ir a dormir.

Habían dejado de fingir que aquello era algo pasajero.

Se habían enamorado.

Y precisamente por eso cada vez resultaba más difícil ocultarlo.

Pero septiembre también traía consigo la realidad.

Una mañana después del desayuno, Sira apareció en la cocina con su portátil. También le dedicaba a repasar el derecho mercantil, una hora al día. A cómo será ser abogado en Austin, como funcionaba allí todo, algunas leyes distintas. Se puso al día.

Así que cuando apareció delante de su madre con el pc bajo el brazo…

-Creo que ya es hora.

Hellen levantó la vista de su café.

-¿Hora de qué hija?

-De buscar trabajo.

David frunció el ceño.

-Pensé que aún ibas a trabajar unas semanas más.

-Llevo más de un mes descansando, papá.

La palabra seguía emocionándolo cada vez que la escuchaba.

-Además no he venido para convertirme en una princesa del rancho.

Jeremy que entraba en esos momentos soltó una carcajada.

-Una lástima. Ya te veía conduciendo un tractor con corona.

-Cállate.

-Jamás.

Sira abrió el portátil.

-Soy abogada mercantil. Tendré que empezar a mover currículums.

-Pues no te va a faltar trabajo en Austin- comentó David.

Y tenía razón.

Durante toda la mañana revisó ofertas. Grandes firmas, despachos medianos, asesorías jurídicas corporativas. Hasta que una llamó especialmente su atención:

Harrison, Cole & Whitman LLP.

Uno de los bufetes mercantiles más prestigiosos de Austin.

Más de cien abogados.

Clientes nacionales.

Especialistas en fusiones empresariales, contratos internacionales y derecho corporativo.

Justo su campo.

Sira leyó la oferta dos veces.

-Esta me gusta.

Jeremy se inclinó por encima de su hombro.

-Suena importante.

-Lo es.

-Entonces manda el currículum.

-No es tan sencillo.

-¿Por qué?

-Porque seguramente recibirán cientos.

David observó la pantalla.

-¿Y?

-¿Y qué?

- Que tú has elegido casos mercantiles en Sevilla. Has llevado empresas internacionales. Hablas dos idiomas. Y eres una cabezota.

Jeremy asintió.

-Eso último debería darte puntos extra.

Hellen le dio un golpe cariñoso en el brazo.

-Haz caso a tu padre.

Sira sonrió.

Quizá tenían razón.

Abrió el correo.

Adjuntó el currículum.

Añadió su experiencia profesional.

Y, tras unos segundos de duda, pulsó enviar.

El mensaje desapareció en la pantalla.

Ya estaba hecho.

-Bueno- dijo cerrando el portátil- ahora toca esperar.

Lo que ninguno de ellos sabía era que, tres días después, recibiría una llamada del propio socio director del bufete.

Y que aquella entrevista iba a cambiar muchas más cosas de las que imaginaba. Entre ellas, el futuro que esperaba construyendo en Texas… y el secreto que compartía con Luca.

Tres días después, Sira estaba ayudando a Hellen a colocar unas plantas nuevas junto al porche cuando sonó su móvil.

Miró la pantalla.

Número desconocido de Austin.

-¿Sí?

-¿La señorita Allen?

-Soy yo, sí.

- Mi nombre es Richard Cole, socio director de Harrison, cole& Whitman.

Sira se incorporó de golpe.

Hellen observó unos metros más allá.

-Sí dígame.

-Hemos revisado su currículum. Francamente nos ha impresionado su experiencia en Sevilla. Nos gustaría entrevistarla.

Sira intentó mantener la calma.

-Por supuesto.

-¿Podría venir mañana a las diez?

-Sí claro.

-Perfecto, la esperamos mañana.

La llamada terminó.

-¿Sira?- preguntó Hellen.

Ella sonrió.

-Tengo entrevista mañana. Con ellos…

Hellen lanzó un pequeño grito de alegría y la abrazó.

-¿Lo sabía!

Aquella noche todo el rancho se enteró.

David abrió una botella de vino para celebrarlo.

Jeremy aseguró que ya veía a su hermana convertida en una poderosa ejecutiva.

Luca permaneció más callado, aunque cada vez que sus miradas se cruzaban veía el orgullo reflejado en sus ojos.

…

A la mañana siguiente, Sira salió temprano en su monovolumen.

Había elegido un traje azul marino elegante y discreto, el mismo que utilizaba para reuniones importantes en Sevilla.

Austin bullía de actividad cuando llegó al distrito financiero.

El edificio del bufete ocupaba veinte plantas de cristal y acero.

Imponente.

Respiró hondo.

-Vamos allá.

La recepción era tan elegante como esperaba.

Una asistente la acompañó hasta una sala de reuniones en la planta diecisiete.

Cinco minutos después, entraron tres personas.

Un hombre de unos sesenta años.

Una mujer rubia de mirada afilada.

Y un abogado más joven que parecía rondar los cuarenta.

-¿Señorita Allen?- dijo el hombre estrechándole la mano- soy Richard Cole.

Las siguientes dos horas fueron intensas.

Hablaron de operaciones empresariales.

De conflictos societarios.

De contratos internacionales.

De negociación.

De gestión de crisis.

Sira respondió con seguridad.

Aquella era su terreno.

Su mundo.

No necesitaba fingir.

Al terminar, la mujer cerró la carpeta.

-Tengo una ultima pregunta.

-Claro.

-¿Por qué abandonar y vender una empresa consolidada en España para venir a Texas?

Por primera vez la respuesta no estaba en ningún currículum.

Sira guardó silencio unos segundos.

-Porque encontré a mi familia.

Los tres entrevistadores intercambiaron una mirada.

-Es poco habitual.

-Mi vida cambió hace unos meses.

-¿Y no piensa volver a España?

-No.

Por primera vez estaba segura, completamente.

-Mi hogar está aquí.

Cuando salió del edificio se sentía satisfecha.

Había dado lo mejor de sí.

No podía hacer más.

Pero mientras esperaba el ascensor, escuchó una voz detrás de ella.

-¿Señorita Allen?

Era Richard Cole.

-¿Sí?

El socio director sonrió.

-Normalmente esperamos varios días antes de tomar decisiones.

Sira notó como el corazón le golpeaba el pecho.

-Pero en ocasiones, no es necesario.

-¿Qué quiere decir?

-Que nos gustaría que se incorporara al bufete.

Sira se quedó inmóvil.

-¿Perdón?

-El puesto es suyo si lo quiere.

Por primera vez en toda la entrevista se quedó sin palabras.

-¿Tan rápido?

Richard soltó una carcajada.

-Llevamos meses buscando a alguien con su perfil.

Le entregó una carpeta.

-Encontrará dentro la propuesta económica y las condiciones.

Sira sonrió. Y estuvo a punto de atragantarse.

Era casi el doble de lo que ganaba en Sevilla.

-Además seguro médico, bonus anual y participación en beneficios ¿Qué le parece?

Ella levantó la vista todavía incrédula.

-Creo que necesito sentarme.

Richard volvió a reír.

-Tómese el fin de semana para pensarlo.

Pero mientras regresaba al rancho con la oferta sobre el asiento del copiloto, Sira ya sabía la respuesta…

Y esa vez sí que lo celebraron con causa.

CAPÍTULO IX

Después de un año, Sira ya no es una desconocida. Es la verdadera hija recuperada de David y Hellen, vive en el rancho, trabaja en Austin y ha demostrado que no ha llegado para quitarle nada a nadie y para demostrar su valía como hija, hermana y abogada. Sus padres están satisfechos y orgullosos, como lo están de todos.

La cena ese viernes en el rancho había empezado como tantas otras.

La gran mesa de madera, estaba llena de platos, como siempre, rosas y conversaciones cruzadas.

Un año después de llegar a Texas, Sira ya ocupaba su lugar sin esfuerzo. Ya nadie la veía como la mujer que había aparecido desde Sevilla con una historia imposible.

Era una Allen.

David presidía la mesa con una sonrisa orgullosa. Hellen no dejaba de mirar a su hija de vez en cuando. Jeremy contaba alguna anécdota absurda que hacía reír a todos, mientras Luca escuchaba en silencio, observando más que hablando.

-Bueno- dijo David levantando su copa- Creo que hoy tenemos motivos para celebrar.

Todos asintieron.

-Mi hija lleva un año en Austin y ya es una de las abogadas mejor valoradas del bufete.

-Papá- protestó Sira, sonrojándose.

- Déjame presumir.

Las rosas llenaron el comedor.

-Y además- continuó David- acaba de cerrar la mayor operación mercantil del año del bufete.

Jeremy silbó.

-Eso merece que pagues el postre.

-Ni hablar.

-Entonces devuelve el ascenso.

Las carcajadas volvieron a estallar.

Cuando el ruido se fue apagando, Sira dejo lentamente la copa sobre la mesa.

Lucas lo notó inmediatamente.

Jeremy también.

Y los dos comprendieron lo mismo.

Había llegado el momento.

Sira respiró hondo y despacio.

-En realidad… yo también quería decir algo.

La mesa quedó en silencio.

David sonrió.

-¿Otro ascenso?

-No papá.

Hellen percibió algo distinto en la voz de su hija.

-¿Qué ocurre cariño?

Sira miró a sus padres.

Después a Jeremy.

Jeremy bajó la vista para no delatarse.

Y finalmente miró a Luca.

Él sintió cómo el corazón le golpeaba en el pecho, porque eso podía cambiar todo.

-Hace un año que trabajo en Austin- empezó ella- Ha sido un año increíble.

Profesionalmente me ha ido mejor de lo que jamás imaginé.

Todos escuchaban atentos.

-Pero ese no ha sido mi mejor logro.

Luca dejó de respirar.

-Mi mayor logro ha sido encontrar a una familia. Mi familia.

Hellen tenía los ojos brillantes.

-Y también encontrar a alguien que se convirtió en una persona imprescindible para mí.

David frunció el ceño.

Jeremy cerró los ojos.

Ya está.

-Mamá… papá…

Sira tomó la mano de Luca sobre la mesa.

El silencio fue absoluto.

-Luca y yo estamos enamorados.

Nadie habló.

Ni una palabra.

Hellen abrió lentamente la boca.

David parpadeó una vez.

Dos.

Tres.

Jeremy miro finalmente su plato.

Luca apretó la mano de Sira.

-¿Desde cuándo?…preguntó al fin David.

-Desde hace un año.

Ahora sí.

El silencio fue todavía peor.

-¿Un año?- repitió Hellen.

Sira asintió.

-Sí.

David miró a Luca.

-¿Un año entero?

-Sí señor.

-¿Y me lo dices ahora?

-Porque Sira quería hacerlo cuando estuviera preparada.

David apoyo la espalda en la silla

Procesando.

Intentando ordenar todo.

Entonces miro a Jeremy.

Jeremy siguió mirando el plato.

Demasiado tarde.

-Jeremy.

-Sí.

-Mírame.

-Preferiría no hacerlo.

-Jeremy.

El gemelo levantó al cabeza lentamente.

-¿Lo sabías?

-Tal vez.

-¿Tal vez?

-Sí.

-¿Desde cuando?

-Desde el principio.

David se quedó inmóvil.

Hellen giró al cabeza hacía él.

-¿Desde el principio?

-Sí.

-¿Y NO DIJISTE NADA?

-Me prometieron que lo contarían.

-Jeremy Allen…

-Técnicamente no os mentí nunca.

-¡Jeremy!

Las risas nerviosas aparecieron alrededor de la mesa.

Incluso Hellen tuvo que taparse la boca.

Porque al situación era tan absurda que resultaba imposible enfadarse del todo.

David volvió a mirar a Luca, luego a Sira.

Y vio algo que llevaba meses sin reconocer.

La forma en que se miraban.

La tranquilidad con la que seguían cogidos de la mano.

La felicidad que había en los ojos de ambos.

Entonces suspiró.

Largo.

Profundo.

-¿La quieres?

Luca respondió sin vacilar.

-Con todo lo que soy.

Hellen se emocionó al instante.

Y cuando David miró a Sira , encontró la misma respuesta en los ojos de su hija.

Aquello terminó de derribar sus últimas defensas.

-Dios mío…

Hellen ya estaba llorando.

Mamá…

-Déjame llorar.

-No he dicho nada.

-Pues déjame igualmente.

Las risas regresaron.

Y por primera vez desde la confesión, David sonrió.

Pequeño.

Pero sincero.

-Bueno … supongo que podría haber sido peor.

-¿Peor?

-Sí

-¿Cómo?

-Que apareciera un abogado de Austin intentando llevarse a mi hija. Al menos vivirá en el rancho, aunque sea en la cabaña de enfrente.

-Buen punto. Asintió Jeremy.

David señaló a Luca.

-Al menos ya sé dónde está.

Y por primera vez en toda la noche Luca, se relajó.

Porque acaba de comprender algo.

No había perdido una familia.

Acababan de aceptarlos a todos.

Siguieron con el motivo de celebración, siempre y cuando le pusiera a Sira un anillo en el dedo. Y Luca se reía.

Los aceptaron y ella le dijo que quería cambiarse a la cabaña de Luca, pero que vendría a su despacho cuando viniera Luca al despacho, a cenar, nada cambiaba. Ni las compras con su madre o los paseos a caballo con su padre.

Se abrazaron todos y fue especial.

…

Tanto que seis meses después Hellen ayudaba a su hija a preparar la boda. Luca le había regalado un anillo precioso y ella ya había llevado su ropa a la cabaña y vivía con él.

Fue una boda maravillosa en un hotel de Austin, con todos los rancheros que su padre conocía, los abogados de su trabajo y amigos de todos.

Sira quiso pagar su boda, tenía dinero, pero David dijo que era cosa de ellos.

-Pero papá…

-Eres mi hija. No hay nada que hablar.

-Seréis nuestros padrinos.

-Por supuesto. -Y el padre se reía y ella lo abrazaba.

-¡Te quiero tanto papá!… y David se emocionaba.

-Siento tanto haberte perdido…

-Shhh no digas eso. Está olvidado. Lo importante es que estamos juntos. Y os quiero… y no siento haberme enamorado de Luca. Sabes que es un buen chico.

-No hubiese querido nadie mejor para ti. Y te tengo a diario…

…

-Sira Allen… ¿Quieres Luca Allen por esposo, en lo bueno y en la mano, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida?

-Sí, quiero- dijo la mujer más guapa que había para él.

-Luca Allen…

-Si, quiero.

-Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

-Te quiero enana.

-Te quiero mi amor.

Y la primera en besarla tras la familia fue su amiga Laura, que había venido desde España y que no se separaba de Jeremy…